

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus qui tam strenue religionis, et
iustitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Denique, ejus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los co-
misionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 reales trime-
stre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.
—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Sa-
vedra, 55, rue Taibout.—Mantla, D. Cirilo Rivera, calle de Anda, núm. 5.—No se devuelve ningún manuscrito.

CÓRTEES

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MOSQUERA.

Extracción de la sesión celebrada el día 16 de No-
viembre de 1872.

Abierta a las dos se leyó y aprobó el acta de la
sesión anterior.

El Sr. GONZÁLEZ SANCHEZ: He pedido la
palabra para dirigir una pregunta al señor mi-
nistro de la Guerra, sobre un asunto que afecta a
la disciplina militar, que puede afectar al orden
público y que está preocupando vivamente la opi-
nión general.

Refiriéndose a la cuestión entre los oficiales de
artillería y el capitán general de las Provincias
Vascongadas, he guardado hasta ahora un
prudente silencio acerca de esto; pero como la
cuestión va tomando cierto aspecto, yo pregunto
al señor ministro de la Guerra en qué estado se
encuentra este asunto, y si está dispuesto a to-
mar las disposiciones que reclaman los intereses
que el Gobierno representa y la dignidad de to-
dos un tanto ofendida.

El señor ministro de la GUERRA: El ministro
de la Guerra puede dar una contestación cam-
pida al señor diputado; pero me dispensará el
Congreso si lo hago de una manera más extensa
de lo que suele ser costumbre tratándose de pre-
guntas. Efectivamente, el Gobierno, hallándose
vacante la capitania general de las Provincias
Vascongadas, que estaba desempeñada interina-
mente por un digno general, a quien se propone
colocar convenientemente en otro puesto, acordó
en Consejo proponer a S. M. para aquel cargo al
señor general Hidalgo. Fue esta a su mando con
el carácter de interinidad, recientemente ascen-
dido por méritos de guerra y por heridas recibidas
en campaña. Al llegar a Vitoria se le presentaron
en el andén de la estación los oficiales de
la guarnición, como es costumbre, y entre ellos
un capitán de artillería. Dada la orden, como es
también de ordenanza, para que los cuerpos de la
guarnición se presentasen al capitán general, lo
verificaron todos, a excepción de los oficiales de
artillería de guarnición en Vitoria. Inquiriendo,
como era de su deber, el general Hidalgo la
razón por la que aquellos oficiales no habían
cumplido con la ley que la ordenanza les impone,
supo que el brigadier Blengua había sa-
lido en el mismo día de Vitoria sin presentarse a
la autoridad.

El brigadier Blengua desempeñaba el puesto
de comandante general de artillería de aquel dis-
trito militar. Se presentó entre los oficiales de
la guarnición un alférez agregado a la batería de
montaña que hay en aquella guarnición; pero
que no pertenece al cuerpo de artillería. Esto llama-
do la atención del general Hidalgo, y mandó que se
le presentasen los oficiales subalternos de
aquella batería, el capitán que la mandaba, más
un teniente, se dieron de baja con motivo de un
pretexto, lo cual se averiguó por la sumaria
que se formó, del estado de su salud. Entonces el
general Hidalgo, en uso de sus facultades, cum-
pliendo con el deber de su puesto, suponiendo
que estos oficiales prestaban enfermedad para no
presentarse, como era de su deber, ante la
autoridad superior, dispuso que el brigadier
Blengua fuese sumariado, y empezó en efecto, la
correspondiente sumaria acerca de la ausencia de
este brigadier, que se había venido a Madrid con
licencia, es verdad, del director general del arma,
que está facultado para llamar por un mes a
los oficiales a despatchar con ellos sobre asuntos
del servicio.

Pero era evidente que el brigadier Blengua ha-
bía faltado no presentándose, como era su deber,
al capitán general para despedirse, ni había pre-
sentedo los papeles correspondientes, que sólo
podía dárseles el capitán general. Había, por con-
siguiente, esta falta o esta irregularidad en la
conducta del brigadier Blengua, y respecto a los
otros dos oficiales, mandó el capitán general que
fuesen arrestados al hospital militar, puesto que
decían que se hallaban enfermos.

Antes de pasar adelante, como es deber del mi-
nisterio de la Guerra, en la situación en que se
encuentra, no prescindir de antecedentes, indicá-
re algo respecto a las causas que hayan podido
motivar la conducta de estos oficiales.

Existe la idea, la creencia, y tal vez en algunos
de esos oficiales la convicción, de que entre el ge-
neral Hidalgo y los oficiales de artillería media
un lago de sangre con motivo de los tristes y de-
plorables acontecimientos del 22 de Junio de 1868,
y aquí me ha de ser permitido que yo, aunque li-
geramente, me ocupe de este asunto. Yo creo,
como general, como caballero, como hombre de
honra, que el general Hidalgo tiene sobre sí la
responsabilidad de aquellos desgraciados suce-
sos.

Conozco los sentimientos nobles y caballerosos
del general Hidalgo: creo imposible que haya un
español vistiendo el honoroso uniforme militar,
vistiendo el honoroso uniforme de artillería, que
tenga la menor responsabilidad en la desgracia
de aquellos compañeros que fueron víctimas de
los sucesos a que me refiero.

Tengo motivo para creer esto por noticias que
fuera de las oficiales he tenido todos los que
presenciamos en Madrid aquellas ocurrencias.

Pero, sin embargo, y este es el segundo punto de
vista que yo presento a la Cámara, hay oficiales
en el cuerpo de artillería que creen que el ge-
neral Hidalgo tiene cierta responsabilidad en dichos
sucesos. Esta explicación la he dado sobre todo
porque demuestra también de qué manera y por
qué razones yo no he tenido inconveniente en
proponer a S. M. la colocación del general Hida-
lgo en un puesto importante. Si el hecho que se
le imputa al general Hidalgo no es cierto, no puede
el Gobierno ser indiferente y consentir que pese
sobre él una acusación tan tremenda, ni que un
cuerpo del ejército tan distinguido viva bajo la
preocupación que abriga respecto de uno de sus
compañeros.

Estas son las consideraciones que el ministro
de la Guerra tuvo presentes al recibir las prime-
ras noticias que le dió el capitán general de Vi-
toria, sobre la conducta de los oficiales de arti-
llería en aquella plaza. Yo he creído, como si-
guro creyendo, que es una necesidad, ya que no
los medios judiciales no se puedan hacer, porque
las causas formadas con motivo de aquellos
acontecimientos están terminadas; ya que no
pueda venir en conocimiento de aquellos hechos
en lo que se refiere al general Hidalgo, era con-
veniente, y lo será siempre, que se aclarase este
hecho, y no podía aclararse más que por la in-
formación de una especie de jurado compuesto
de oficiales de distintos cuerpos, si se quiere
aquellos que más hostiles se hayan mostrado

hacia el Sr. Hidalgo, en unión con otros amigos
y no amigos de este general, pero que fuesen
completamente extraños a la cuestión que se trata
de excusar. Esta ha debido decirse en interés
del Gobierno, del general Hidalgo, del cuerpo de
artillería y de la disciplina del ejército español;
y a varias de las personas que se me acercaron
en los primeros días, les manifesté esta opinión
del ministro de la Guerra.

¿Qué había yo de hacer? Una cosa sencilla; lo
que cualquiera hubiese hecho en mi lugar: sos-
tener la autoridad militar que desempeñaba el
general Hidalgo; a propuesta del ministro de la
Guerra; sostener el principio del Gobierno, el
principio de la disciplina del ejército, porque
después de todo, cualesquiera que hubieran sido
los sucesos a que antes me he referido, el ge-
neral Hidalgo mandaba en las Provincias Vascon-
gadas, y los oficiales no se le presentaron, es-
tando subordinados a su autoridad. Esta ha sido
la situación que el Gobierno ha tratado de res-
olver, y la ha resuelto de una manera que pue-
da satisfacer a los diputados de uno y otro lado
de la Cámara.

El Gobierno dispuso sostener en su puesto al
general Hidalgo; y aunque han llegado a sus oí-
dos rumores de que el general Hidalgo saldría
de aquella capitania general por exigencias de
los oficiales de artillería, esto no lo podía con-
sentir de ningún modo el ministro de la Guerra,
que tiene el deber de conservar en todo su vigor
la disciplina militar. Debo declarar que nadie,
absolutamente nadie del estado militar, se ha
acercado al ministerio de la Guerra con esta
pretensión; pero al fin ha sido una voz que se ha
expandido, que ha encontrado eco en los perió-
dicos de Madrid, y he debido hacerme cargo de
ella.

El Gobierno está resuelto a que las faltas im-
putadas a los oficiales de artillería que se hallan
en Vitoria y al brigadier Blengua sean juzgadas
conforme a ordenanza, y acerca de esto debo ha-
cer una declaración para esta circunstancia como
para cualquiera otra, porque se supone por algu-
nos que el ministro de la Guerra puede imponer
castigos o penas, y el ministro no tiene la menor
facultad para esto, lo cual corresponde a los tri-
bunales militares. Por consiguiente, los cargos
que se le quieren hacer sobre la morosidad en es-
te punto son improcedentes, porque el ministro
de la Guerra está resuelto a no salirse de la legiti-
tud militar existente.

Y aquí daría término a mi contestación, si un
incidente, también grave, no hubiese tenido lu-
gar ayer. El Consejo de ministros tomó su acor-
do a las seis de la tarde, y estando en Consejo se
recibió un despacho del Sr. Hidalgo, fechado en
Vitoria a las cuatro de la tarde.

En este asunto se presenta otra cuestión que el
Gobierno ha creído que debía resolver con el cri-
terio que antes he dicho, con arreglo a la ley; y
para explicar esta, hay que dar antecedentes de
la misma cuestión.

Ya he dicho que el general Hidalgo dispuso
que los dos subalternos de artillería que preste-
aban hallarse enfermos, pasaran al hospital mi-
litar. Sobre si debieron pasar o no, nada tengo
que decir; lo dirán los tribunales. Aquel capitán
general, anteayer por la noche, en despacho se-
legráfico recibió al amanecer de ayer, pregun-
tando si estos oficiales, que no podían estar en el
hospital por falta de localidad, podían ser envia-
dos al castillo de la Mota de San Sebastián. Voy
a leer la comunicación y no despacho, como equi-
vocalmente he dicho antes, en que se hacía esta
pregunta.

«Habiendo manifestado que no podía hacer su
presentación oficial por hallarse enfermo, en su
consecuencia he ordenado que pase arrestado al ho-
spital militar y quede sujeto a la sumaria que se
instruye a otros oficiales del mismo cuerpo que
se hallan en su caso, en averiguación de tal pro-
ceder; pero como quiera que sea excesivo el nú-
mero de oficiales que se encuentran en el ex-
presado establecimiento, toda vez que el arma de
artillería son cuatro, careciendo de localidades a
propósito, ruego a V. E. me autorice para que
estos pasen al castillo de la Mota de San Sebas-
tían o ciudadela de Pamplona, donde serán re-
mitidas las sumarias para su continuación.»

Por despacho telegráfico se contestó al capitán
general lo siguiente:

«Enterado del escrito de V. E. de ayer, refe-
rente al asunto de los artilleros, y puesto que en
el hospital militar no hay dónde colocarlos, pido
V. E. disponer que pasen arrestados a sus casas.»

El Gobierno dispuso esto porque el destino de
un oficial a un castillo ya significa una pena que
este no le podía imponer.

A esta comunicación telegráfica, dirigida al
capitán general de Vitoria, contestó este en el si-
guiente despacho:

«Recibido telegrama cifrado cuestion de arti-
lleros; y siendo el pasar estos arrestados a sus
casas su deseo, y el triunfo de su insubordina-
ción ante todos, ruego a V. E. me signifique si
es voluntad del Gobierno el que aquello se lleve
a efecto.»

La comunicación era en efecto del ministro de
la Guerra, que tenía autoridad para ello, y a esa
nueva pregunta del capitán general, contestó el
ministro de la Guerra con el siguiente telegrama:

«Contestó a su telegrama de esta madrugada,
manifestándole que los oficiales de artillería ar-
restados en el hospital deben pasar en el mismo
concepto a sus casas, por ser lo que se acostumbra
con los oficiales que se dan de baja por enfer-
mos.»

Después vendrá la continuación de la sumaria
y la mayor o menor complicidad de esos oficia-
les; y entonces, cuando proceda, irán a cumplir
la pena que se les imponga en tribunal de guerra,
o en consejo de guerra que se forme, si la cosa
mereciera tan alta importancia. En esta situa-
ción, recibí ayer a las seis y cuarto de la tarde el
siguiente despacho en que decía el general Hida-
lgo:

«Recibido telegrama cifrado en esta mañana.
Acabando su orden, y no permitiendo mi dignidad
el ejecutarla, ruego a V. E. presente a S. M. la
dimisión de mi cargo y la renuncia de mi em-
pleo de mariscal de campo, en el concepto de que,
para que tenga efecto aquella orden, entregue hoy
el mando al brigadier de ingenieros, y marche
esta noche a esa corte, donde presentaré por es-
crito a V. M. mi dimisión y renuncia, y volveré
probablemente y como particular por mi honra
abandonada.»

En esta situación, el Gobierno tiene que re-
solver sobre este punto, acerca del cual nada hay
todavía acordado.

Creo haber satisfecho los deseos del señor di-
putado que se ha servido dirigirme la palabra.

El Sr. GONZÁLEZ Y SANCHEZ: He oído con

gusto y sin sorpresa alguna, porque esta es la
cuarta o quinta vez que esta clase de sucesos se
repite, las explicaciones que ha dado el señor
ministro de la Guerra. Lo único que haré notar
es la impresión profunda que ha causado la lec-
tura del despacho telegráfico del general Hidalgo,
que nombrado capitán general de un distrito, se
ha encontrado con individuos que no reconocen
su mando, y anuncia su dimisión al ver aban-
donada su honra, y teniendo que volver por ella
como particular.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: He pedido la palabra para decir única-
mente una cosa al Sr. González; que a la altura
a que ha llegado esta cuestión, en las propor-
ciones que ha tomado en los diversos intereses de
jefes aparte las ideas y los principios, y la si-
tuación de cada uno, incluso la del Gobierno; es
preciso que se discuta esta punto y se sepa lo
que cada uno ha hecho y de la manera que cada
uno ha quedado, en lo que le dictaba su concien-
cia y en el juicio que después pueda formar el
país.

Es por consiguiente indispensable que, si no
en este momento, en el primer día de sesión, por
medio de una interpelación, por medio de una
proposición, o por cualquiera otro de los que el
reglamento permite, haya un debate sobre lo que
ha sido objeto de la pregunta de S. S.; pero en-
tretanto, sin consentir que yo pase un solo ins-
tante sin protestar, tengo que decir una cosa al
Sr. González; que ninguno de los individuos que
forman parte del Gabinete, ni el Gobierno en ge-
neral, pueden dejar abandonada la honra de nadie
a que tenga el deber de defender, y que del de-
bato resultará que el Gobierno, en el acuerdo que
ayer tomó, obedeció, como obedecerá siempre a
los compromisos, al deber que le impone su pos-
to, de dejar a salvo el principio de autoridad.

Al mismo tiempo, he de decir que no sé cómo
puede desconocerarse ni por el Sr. González ni
por nadie, el deber que tenemos todos y cada uno
de nosotros de obedecer a nuestras convenciones,
de obrar conforme a nuestros principios, y de ha-
cer ver al país que estamos dispuestos a defender
lo que hemos jurado, que estamos decididos a
cumplir con todos y cada uno de nuestros de-
beres; pero que así como no hay obstáculo que de-
tenga al Gobierno para obedecer al principio en
virtud del cual quiere morir, no hay tampoco
obstáculo de ningún género que le obligue a per-
manecer un minuto en este puesto, si hay un so-
lo diputado que le pueda decir que ha suscrito a
lo que no está conforme con la idea que repre-
senta, y con la dignidad de los hombres que se
sientan en este banco.

El señor ministro de la GUERRA: Pocas pala-
bras he de contestar al cargo de haber abandonado
la honra del general Hidalgo, porque se halla
ya contestado con lo que he dicho antes. La cues-
tión está sujeta a un procedimiento judicial, y el
ministro de la Guerra no puede tomar por sí nin-
guna resolución.

El Sr. GONZÁLEZ SANCHEZ: No lo digo yo,
señor presidente del Consejo de ministros, señor
ministro de la Guerra; no soy yo el que dice que
he sido abandonada la honra del general Hida-
lgo; lo dice el interesado en el telegrama que ha
leído el señor ministro de la Guerra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: Aquí hay dos cuestiones que, tratándose
de un asunto tan grave, hemos de examinar con
meditación, con calma, pero con buena fe. Aquí
hay la cuestión del nombramiento del general
Hidalgo para capitán general de Vitoria, y la de
la actitud en que se han colocado los oficiales de
artillería de Vitoria, y, según dicen, los de Ma-
drid y otras provincias, y acuerdo del Gobierno
sobre este punto claro y terminante. El capitán
general de las Provincias Vascongadas y Navar-
ra es el general Hidalgo, con todas las atribucio-
nes que competen al cargo de capitán general,
porque el nombramiento lleva la firma del rey
Amadeo, y ha sido acordado en Consejo de mi-
nistros. ¿Risas? Risas los señores diputados,
que ya discutiremos más tarde la fuerza de la
monarquía y la de la república, y aun la fuerza
de la monarquía respecto de cada uno de los can-
didatos que cada parcialidad o cada círculo cree
poder tener.

Segundo punto sobre el cual tomé acuerdo el
Consejo de ministros. Hay varios oficiales de arti-
llería sumariados en Vitoria; los procesos con-
tinúan, y sólo los tribunales son los encargados
de dar su fallo acerca de la conducta de aquellos
oficiales.

Hasta aquí las resoluciones del Gobierno en
esta cuestión, que no se debe confundir con la
que posteriormente ha surgido. ¿Qué tienen que
decir los señores diputados sobre la conducta del
ministro, que tiene el deber de velar por el prin-
cipio de Gobierno y de autoridad?

Después de estos acuerdos, por efecto de las
contenciones habidas entre el ministro de la
Guerra y el capitán general de las Provincias
Vascongadas, este ha procedido de cierta manera
en cuestiones de detalle, que nada tienen que ver
con el incidente principal; y el señor ministro de
la Guerra, que no ha prejuzgado nada por no
ocultar nada a la Cámara, por no pasar por hi-
pótesis, ha dicho que el general Hidalgo había
presentado la dimisión de su cargo y de su em-
pleo. Pues bien; ¿es este motivo suficiente para
que el Sr. González diga, no sabiendo lo que me-
dia, que ha quedado abandonada la honra de ese
general?

El Gobierno, sobre esa dimisión, todavía no ha
resuelto nada; lo que le interesaba era hacer ver
al país en el conflicto ocurrido, tomando en cuen-
ta lo que podía suceder, y echando en los plati-
llos de la balanza unas y otras dificultades, que
no trata de conservar este puesto a prueba de
dificultades y de imposiciones, que yo considero
pequeñas, pero que aunque fueran las más gran-
des del mundo las rechazaría, no por mí, sino
por el puesto que ocupo, porque creo que no es
digno de ocupar este banco un Gobierno que a
cualquiera imposición cede, y menos cuando la
imposición no está fundada en la razón y en la
justicia.

Léyese la siguiente proposición del Sr. Navar-
rete:

«Los diputados que suscriben tienen el honor
de presentar al Congreso la siguiente proposición
incidental.

El Congreso, vería con gusto que el Gobierno
daba una solución breve y satisfactoria a la cues-
tión pendiente entre el cuerpo de artillería y el
capitán general de las Provincias Vascongadas.

Palacio del Congreso 16 de Noviembre de 1872.—
José Navarro, Pascual y Orrios.—José Ji-
menez Mena.—José Hilarlo y Sánchez.—Manuel
Lapizburu.—Vicente Barbé.—José Luis Car-
rion.

En su apoyo dijo

El Sr. NAVARRETE: No habla, señores dipu-
tados, en esta ocasión el republicano federal; no
habla el representante del pueblo; sirvame sólo
en este momento la investidura de legislador
para poder abordar por mi sola cuenta en este
sitio una cuestión que no es política ni social, tal
como entiende nuestra civilización las cuestiones
sociales y políticas.

Para que los señores diputados comprendan
cuáles son los móviles que me impulsan a molestar
su atención, sepan que, si en vez de asistir
hoy a un plenario de la inteligencia, fuera este
un plenario de la fuerza, yo entraría en el com-
bate llevando por mote de mi escudo: *Noblesse
oblige*.

Conste, señores diputados, que yo no voy a
fulminar acusación contra nadie; primero, por-
que yo no soy de la madera de los fiscales; y se-
gundo, porque mis labios en ninguna parte, y
mucho menos en este augusto recinto, al que
acuden los cuatro vientos de la publicidad para
llevar en sus alas las frases que en él se pronun-
cian, son capaces de formular un concepto que,
al resultar equivocado, pudiera envolver una ca-
lumnia.

Voy, pues, sin juzgarlo, conste así, señores, a
sentar el hecho de lo que media desde el 22 de
Junio de 1868 entre el cuerpo de artillería y el
hoy mariscal de campo D. Baltasar Hidalgo; y no
hablo en nombre del cuerpo de artillería.

El señor PRESIDENTE: No haga S. S. más sa-
lvedades. Solamente como representante del país
puedo permitir que hable V. S. en este sitio.
Aquí no pueden hablar más que los diputados.

El Sr. NAVARRETE: Los jefes y oficiales de
artillería, que repatan la revolución de 1868, que
tienen en su seno jefes y oficiales que fueron par-
te del alma de aquella revolución, que no guar-
darian rencor al general Hidalgo por haberse su-
blevado los regimientos de artillería de 1868; los
amigos, los compañeros, los hermanos de los
oficiales muertos el 22 de Junio, saben que el ge-
neral Hidalgo, su hermano, su compañero, su
amigo también, pocos días antes, tuvo la desgra-
cia de mandar las fuerzas que los mataron.

El Sr. ESCARTI: No dentro del cuartel.

El Sr. PRESIDENTE: Orden, señor diputado;
no interrumpa V. S. al orador.

El Sr. NAVARRETE: Ven un lago de sangre
todavía para ellos caliente, todavía para ellos
humante entre sus personas y la persona del ge-
neral Hidalgo (Rumores), y no pueden salvarlo
y acercarse a él de ningún modo. (Rumores). Su-
plique al señor presidente se sirva impedir que se
me interrumpa; he dicho que no venía a arrojar
leña en el fuego.

El señor PRESIDENTE: El presidente está
aquí para conservar a S. S. su derecho; pero dejó
a la consideración de S. S. si es conveniente evocar
recuerdos sangrientos.

El Sr. NAVARRETE: Esa actitud, ya por
desventura se ha traducido en lances personales
y disgustos de todos linajes, cuya página últi-
ma es el surgido al ser nombrado el Sr. Hidalgo
capitán general de las provincias vascongadas.

Yo creo que la horrible atrocidad del cuartel
de San Gil fué hija de una desgracia; no sé de
cual, pero seguramente de una desgracia; yo no
puedo creer, yo no creo, que el entonces coman-
dante capitán de artillería mandara matar a sus
compañeros del día anterior, ni lo consintiera
conscientemente; yo no hago esa ofensa, no ya
al Sr. Hidalgo, a ningún ser humano; y por eso
es un sofisma grande lo que fuera de este salón,
por dentro del Congreso, se ha dicho por algu-
nas personas, de que la actitud del cuerpo de arti-
llería, si es justa, debe ser imitada por los de-
más cuerpos; no los demás cuerpos sólo pue-
den ver en el general Hidalgo un militar que se
puso al frente de un movimiento revolucionario;

y por dolorosísimo que sea, es el hecho que los
temporales no producen hermosas noches salpi-
cadas de luceros, sino truenos y centellas.

Pero al cuerpo de artillería no ha de discul-
parse que le sea repulsivo el general Hidalgo?
¿No ha de disculparse a los oficiales a quienes se
obligó a ir a rendir pleito homenaje al general
Hidalgo, que fue puedan, que les sea imposible
verificarlo, no, por odio, no por venganza, sino
porque al ir a hacerlo, acuda a sus memorias el
espantoso cuadro del cuartel de banderas del
cuartel de San Gil la mañana del 22 de Junio
de 1868?

¿Qué, partidos doctrinarios, que lo habeis em-
ponzoñado todo con vuestro aliento, ¿queréis ar-
rojar también sal en los corazones, para que de
ellos no broten las flores más delicadas del sen-
timiento?

Si yo sospechara siquiera que en el fondo de
esta cuestión había un solo escrúpulo de políti-
ca; si yo pensara que esto era una manifestación
alfonseca, como se ha supuesto calumniosamente
por algunas personas, no estaría yo usando de la
palabra en este sitio. Yo al Alfonso me le comba-
tiré siempre, en la prensa, aquí, y si llega a ser
necesario, en un regimiento o en una barricada.

Yo en la esfera política como en el campo so-
cial, no transijo ni transigiré jamás con otra cosa
que con la república democrática federal y con la
armonía del capital y el trabajo.

No es cuestión política; justamente el briga-
dier comandante general de artillería de Vitoria
estuvo al frente de su regimiento del lado allá
del puente de Alcolea; es pura y simplemente
que entre el Sr. Hidalgo, por haber tenido la des-
gracia de mandar a los que los mataron, y el
cuerpo de artillería, se interponen los manes san-
grientos de Cadaval, Torreblanca, Puig, Valcárcel
y Martorell.

El Gobierno, sabedor de todo esto, ¿no debió
haber evitado el conflicto? ¿No debió haber pre-
visto este caso? ¿Qué hombres de Estado son es-
tos, que ni de vista conocen a ninguno que haya
tratado a donna prudencia? ¿No debió haber bus-
cado una solución definitiva en este asunto, po-
niéndose de acuerdo con mi amigo el general
Primo de Rivera, persona de ilustración, de es-
peranza conciliadora, y con los respetables ge-
nerales de artillería, que de seguro lo hubieran
secundado en tan laudable propósito? ¿No es me-
jor de esta atención el cuerpo de artillería?

¿Se rebajaba este Gobierno ni Gobierno ninguno
por buscar un honroso arreglo a ese disgusto de
una corporación?

Venamos lo que ha sucedido en Vitoria.

Hay en Vitoria un brigadier comandante ge-
neral de artillería, un capitán secretario de este y
una batería de montaña, cuya dotación de jefes y
oficiales la componen un capitán, un teniente y
un alférez agregado.

El día de la llegada a Vitoria del capitán ge-
neral interino, había venido a Madrid, en comi-
sión del servicio, llamado por el director general, el
brigadier subinspector de artillería.

Dióse la orden de presentación al capitán ge-
neral, y no asistieron a ella los artilleros, avisan-

do que se encontraban enfermos, y dados por tan-
to de baja para el servicio. Si el capitán general
dudaba de la veracidad de estas enfermedades,
podía mandar reconocer a los oficiales, y así lo
hizo; pero, señores diputados, el médico declaró
que estaban enfermos, y el capitán general, obran-
do de una manera inconcebible, envió a casa de
cada uno un ayudante de plaza, ocho soldados de
caballería y una camilla, y haciéndoles el prime-
ro salir del lecho, donde por cierto el capitán
Echagüe se hallaba con fuerte calentura, fueron
conducidos en calidad de presos a un calabozo
del hospital militar, en medio de las muchedum-
bres, que ávidas de curiosidad habían cercado las
casas.

¿Con qué derecho ha cometido esa violencia el
capitán general de las provincias Vascongadas?
¿Con qué autoridad? ¿Con qué razón? ¿Ya el Go-
bierno a consentir que los capitanes generales
sean señores feudales, y sus sirvientes los oficiales
a sus órdenes? ¿Sabe el Gobierno, y va a tenerlo
en cuenta, la responsabilidad que pesa sobre el
general Hidalgo por abuso de autoridad? ¿No ha
sido esto, señores diputados, arrojar una tea in-
cendiaria en un almacén de pólvora?

El Sr. VIDART: Si difícil era la situación del
Sr. Navarrete al hacer uso de la palabra, lo es
más la mía, porque S. S. al fin y al cabo habla
con la libertad de un diputado de oposición, y yo,
que soy diputado radical, carezco de esa libertad.
Esta cuestión tiene para mí un aspecto personal,
por ser oficial de artillería; otro aspecto personal,
por ser militar, y otro aspecto político, por ser
un diputado que se encuentra al lado del Gobier-
no. Asuntos de esta clase no pueden juzgarse en
su esencia sino por los oficiales de artillería,
puesto que atañen a las interioridades del cuer-
po. Yo, como oficial de artillería, diré pocas pa-
labras. No puede exigirme el cuerpo de artille-
ría, en la condición de hombre político, pertene-
ciente a esta mayoría, que trate la cuestión en su
fondo; puede exigirme, y estoy dispuesto a cum-
plirlo, que le siga en sus resoluciones. Para tra-
tar esta cuestión en su aspecto militar, hay que
tener en cuenta dos criterios. Hay quien cree
que el militar tiene la obligación de obedecer
ciegamente las órdenes de sus superiores, y otros
opinan que el militar, como todo empleado, debe
obedecer al Gobierno y a sus superiores, única-
mente cuando debe obedecer.

No hay escuela liberal que pueda sostener la
teoría de la obediencia ciega. Como el ejército
español no se ocupa mucho de estas cuestiones
que chocan con la filosofía del derecho, predomi-
na en él la teoría de la obediencia ciega; y como
es una teoría falsa, se predica y no se lleva a la
práctica. Con esta teoría sucedería que el general
Hidalgo, que se levantó contra el Gobierno cons-
tituido, no podría haber llegado a ser general.
Afortunadamente, esta teoría tiene muchos par-
tidarios de palabra y ninguno de obra, y yo me
alegraría que de aquí saliera aprobado que no
hay más obediencia que la debida. La pirámide
del Don de Mayo no es más que un monumento
levantado a militares que se sublevaron, que
faltaron a la obediencia ciega como militares, y
sin embargo, la posteridad les ha dado la inmor-
talidad de un monumento.

Respecto del principio de autoridad, hay dos
modos de entenderlo: uno reaccionario y otro li-
beral. El reaccionario es el que profesa el señor
González (El Sr. González pide la palabra), y
consiste en creer que cuando el Gobierno manda
una cosa está bien mandada y debe obedecerse.
La teoría liberal consiste en que el Gobierno pue-
de equivocarse al mandar lo que no es justo.
(El Sr. Lagunero pide la palabra.)

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, per-
mita S. S. a leer un artículo del reglamen-
to.

artillería y al brigadier Sr. Blengua, es preciso hacer lo mismo con el general Hidalgo; sólo así es como se hace justicia, y solo haciendo justicia es como se sostiene eso que se llama principio de autoridad. Mi opinión, pues, es que se procese a unos y a otros, ó que se acepte la solución que ha propuesto el Sr. Navarrete.

El señor PRESIDENTE: ¿Para qué ha pedido usía la palabra, Sr. Lagunero?

El Sr. LAGUNERO: Para defender á un ausente.

El señor PRESIDENTE: No puedo conceder á S. S. la palabra, conforme al reglamento, sin que la Cámara lo acuerde.

Hecha la oportuna pregunta, el Congreso acordó que hiciera uso de la palabra el Sr. Lagunero.

El Sr. LAGUNERO: He pedido la palabra porque creo que el general Hidalgo ha cumplido con su deber en todo y para todo, y que no se ha excedido de sus atribuciones; y respecto á los recuerdos, repito lo que el Sr. Ulloa decía; los primeros que debían tener faja la memoria para no recordar los hechos de S. S. eran los liberales y los demócratas.

El Sr. GONZÁLEZ (D. José Fernando): Conocía bien las ideas del Sr. Vidart, que son ajenas á las mías; pero no sabía hasta qué punto obliga el carácter de militar á desfigurar ciertos hechos. ¿Qué condiciones internas son las que obligan al cuerpo de artillería á ponerse enfrente del Gobierno, y á desobedecer lo que el Gobierno mandara? Dice S. S. que en el ejército no debe haber obediencia pasiva. Pues esa teoría es la nuestra; nosotros estamos autorizados para sostenerla, pero no al Sr. Vidart, que ha votado el ejército permanente.

Que esta es una cuestión militar. No; esta es una cuestión que nos toca á todos, porque todos estamos interesados en que no haya en España una oligarquía militar. ¿Qué país es este, si hemos de estar á merced de la huelga ó de la disciplina de un cuerpo militar cualquiera? La cuestión del general Hidalgo es la cuestión de la revolución de Setiembre, porque si se deja desamparados á aquellos que en el cuartel de San Gil echaron los cimientos de la revolución, se deja abandonada la revolución misma; y es necesario que esto no suceda, y que vosotros, que representáis el poder civil, sepáis imponeros á todo aquel que intente imponerse á un Gobierno libremente establecido.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Dos puntos principales hay que examinar en la cuestión que se discute. Primero, nombramiento del general Hidalgo para la capitania general de las provincias vascongadas. Segundo, actitud de un jefe y de varios oficiales de artillería al llegar al general Hidalgo; á tomar posesión de su cargo.

¿Estaba el Gobierno en su derecho al hacer ese nombramiento? Es indudable: el general Hidalgo ha desempeñado varios cargos militares; es mariscal de campo; tiene, por consiguiente, condiciones para ser capitán general de las Provincias Vascongadas; y no solamente interino, como el Gobierno le ha nombrado, sino en propiedad. Y si el Gobierno no ha nombrado en propiedad al general Hidalgo para la capitania general de las Provincias Vascongadas, ha sido por creer que en las actuales circunstancias ese cargo debía estar desempeñado por un teniente general.

¿Cuál es, pues, el delito del Gobierno? El haber nombrado al general Hidalgo, que por razones de que después me ocuparé, estaba en cierta posición respecto de un cuerpo del ejército que no quiere tener relaciones de ninguna clase con el general Hidalgo.

Los oficiales de ese cuerpo creen que obraron bien al hacer lo que hicieron al llegar el general Hidalgo á Vitoria; nada he de decir sobre eso, porque está la cuestión *sub judice*, y en el Parlamento no debo adoptar opinión alguna ni favorable ni adversa. Pero hay un hecho que el Gobierno debe dejar bien sentado. El conflicto ha empezado por negarse los oficiales de artillería á cumplir con lo que el capitán general había ordenado.

Se ha hecho correr la voz, que el Gobierno no cree, de que el cuerpo de artillería se ha confundido para obligar al Gobierno á destituir al general Hidalgo, y que los jefes y oficiales han dicho: si esto no sucede, nosotros abandonaremos las piezas en frente de los carlistas; abandonaremos los parques enfrente de los perturbadores del orden público que nos amenazan; de manera, señores, que aquí, antes que republicanos, como decía el Sr. Navarrete; antes que radicales, como decía el Sr. Vidart; antes que españoles, antes que dinásticos, antes que todo, somos artilleros; y tratándose del cuerpo de artillería, no cabe discusión ninguna: no cabe esperar á oír las razones del Gobierno; no hay nada más que el cuerpo de Artillería. Y esto es lo que he oído por algunos; que es la opinión de todos los jefes y oficiales de ese instituto militar.

Pues antes de juzgar ese hecho, yo tengo el deber, como presidente del Consejo de ministros y como amigo del general Hidalgo, compañero de emigración (y no digo de conspiración, porque ya he indicado que desde el banco azul no debo hablarse de conspiración) de decir la verdad al Parlamento (y acaso no fuera tan explícito como voy á ser, si no creyera que en el cuerpo de artillería hay muchos jefes y oficiales que se recordan más que el 22 de Junio ó 23 al general Hidalgo) y de manifestar cuál ha sido la conducta del general Hidalgo en aquellos acontecimientos.

Varios oficiales de artillería tomaron parte en la revolución, y entre esos oficiales, con los cuales venían entendiéndose los conspiradores, se encontraba el entonces capitán de artillería señor Hidalgo. Otros varios oficiales de artillería estaban en la conspiración; lo sabe el Sr. Navarrete. (El Sr. Navarrete: Ni lo niego ni lo condeno; no he condenado nunca las revoluciones.)

El señor VICEPRESIDENTE (Mosquera): Señor diputado, ruego á V. S. que no interrumpa al orador.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Yo creo que todos los hombres que se comprometen en una revolución pueden ir á ella; todos tienen derecho para hacer esto, cumpliendo mayor ó menor número de deberes, y aceptando más ó menos responsabilidades; y nosotros tenemos dentro de la conspiración algunos oficiales y algunos jefes de artillería, que hicieron el gran sacrificio de venir á ella con todos los medios que contaban, cuando se ofrecieron á cooperar para que se realizase. El general Hidalgo no tuvo en ese terreno tanto valor como los otros, por más que se haya demostrado luego que es uno de los militares de más valor que en España; y dijo que no quería sublevarse siendo oficial de artillería, para estar libre cuando se le designase el puesto en que debía defender la libertad.

Se le hicieron observaciones por la junta, porque los partidos son egoístas y quieren tener la mayor suma de medios, y no las atendié y pidió su licencia absoluta, cuando no podía tener una gran fe en el triunfo, cuando aquello no se podía traducir como una cuestión de ambición personal. Llegó el momento, se designaron los puestos, y el único que rehusó el Sr. Hidalgo fué el cuartel de San Gil, fué el ponerse al frente de aquellos que habían sido sus subordinados. Se dirá que esto es un rasgo de hipocresía, porque aquellos regimientos y la misma compañía que mandaba el Sr. Hidalgo, de algún modo salieron á la calle; y yo debo decir, que el único personaje que no tuvo contacto con los jefes y oficiales de artillería fué el Sr. Hidalgo. Hubo paisanos que luego han sido ministros; hubo militares que trataron con ellos, que flirteaban hasta el momento de salir á la calle, y el único que no los vio fué el Sr. Hidalgo, que no quiso volver á ponerse en

contacto con aquellos á quienes había mandado.

Y llegó el 22 de Junio, y el Sr. Hidalgo dijo: «Mándenme Vds. donde quieran, menos al cuartel de San Gil.» Esto lo saben muchos; pero no cito sus nombres, porque para el cuerpo de artillería, á quien respeto y á quien tengo gran cariño, debe bastar mi palabra, que solo se dirige á sacarle de un error. Sin embargo, se le mandó ir allá, y lo único que exigió fué que no se le obligara á entrar en el cuartel; que se quedara á la puerta, para que si no podían salir los artilleros se le facilitara por no haber podido llevar á cabo la revolución; para que si podían salir, no se dijera que él los había sacado y pudiera ponerse á su frente. ¿Qué más hubiera hecho nadie por consideración al cuerpo de artillería, de lo que hizo entonces el general Hidalgo, á quien ahora se paga tan mal?

Y vino lo del cuartel, y no hay nadie que haya pensado siquiera que lo que sucedió en el cuerpo de guardia fuera preparado por nadie, y mucho menos por el Sr. Hidalgo. Yo no quiero juzgar aquellos lamentables sucesos; yo los deploro; yo, si tengo algún disgusto por haber tomado parte en los sucesos que prepararon la revolución, es lo ocurrido en el cuartel de San Gil.

Pero el Sr. Hidalgo no estaba allí; se le había impuesto que fuera á la plaza de San Marcial, y solo cuando se abrieron las puertas supo lo que había sucedido dentro, y entonces empezó por poner en libertad á los oficiales que habían resistido á que salieran las compañías. A mí me ha dado las gracias el brigadier Pozo, que me indicó que tal vez el haber puesto el general Hidalgo en libertad á su hijo, ocasionó que tuviera noticia del movimiento antes de lo que debía, el ministro de la Gobernación. ¿Qué hecho censurable se cometió dentro del cuartel en que tomara parte el general Hidalgo? No es sabido que cuando se trató de tomar el parque, dijo á los soldados que apuntaran contra las puertas, pero que no hicieran fuego contra ninguno de los que habían sido sus compañeros? ¿De qué se le acusa, pues? ¿Qué participación pudo tener en aquellos desgraciados acontecimientos, si antes no había hablado con los sargentos, y en aquella ocasión no estuvo en el cuartel?

Salieron del cuartel aquellos regimientos, y no salieron ya como fuerzas organizadas, sino como pelotones u hombres sueltos, y por consiguiente, el Sr. Hidalgo no se pudo poner al frente de aquellas fuerzas que habían asesinado á sus oficiales. Yo pregunto desde aquí á todo el mundo si se organizó alguna fuerza que merezca ser considerada como tal. ¿No se sabe que salió por un lado un pelotón de hombres sueltos, por otro una pieza sin las cajas y los útiles necesarios, y que todo se hizo como un desorden? ¿Qué fuerza mandaba el general Hidalgo? Ahí están las declaraciones de aquellos 64 sargentos que en el último momento de su vida no tuvieron una palabra con que acusar al Sr. Hidalgo. Pues entonces, ¿dónde queda ese cargo de que se puso al frente de los que habían asesinado á sus jefes y se preparaban á asesinar á otros? ¿Estaba acaso en los grupos que tuvieron la desgracia de matar á otros dos de sus antiguos jefes? ¿Hay quien sepa que estaba siquiera cerca de ellos? Pues si no se prueba nada de esto, ¿qué queda de las acusaciones que se dirigen contra el general Hidalgo? Nada; y por consiguiente, aunque nosotros pudiéramos admitir una presunción, que no admitimos, ni admitiremos nunca, ¿dónde estaría la razón del cuerpo de artillería para decir que no ha debido nombrarse al general Hidalgo capitán general de las provincias Vascongadas?

Después de los sucesos del 22 de Junio vino la emigración, y entre los emigrados, como era natural, se encontraba el general Hidalgo, condenado á muerte. Y al poco tiempo de estar en ella, viéndose acusado en todas partes, creyó, de acuerdo con el general Prim y con sus compañeros de emigración, que debía decir algo, escribir algo á sus compañeros de artillería acerca de los sucesos del cuartel de San Gil, y acerca de la participación que en ellos había tomado, y lo hizo con la dignidad y el decoro con que lo ha hecho todo siempre. No voy á leer la carta que remití entonces á sus compañeros antiguos; pero suplico que se inserte en el *Diario* y en el *Entrero de la Gaceta*, para que llegue á conocimiento de todo el mundo, para que puedan leerla todos los oficiales de artillería, y conocer á fondo esta cuestión en que están directamente interesados.

He aquí:

«A mis antiguos compañeros del Cuerpo de Artillería.—Señor D. mi mayor mío y de toda mi consideración, me creo en el deber de dirigirme á Vd. y al público con la manifestación siguiente, que espero tengan la atención de leer hasta el final, para juzgar después con acierto, por su contenido, los sucesos á que se refiere, mal conocidos hoy y base del injustas apreciaciones.

Proscrito de mi país y privado de todos los medios de publicidad, era mi pensamiento y propósito no dar contestación alguna á cuanto contra mí pudiera decirse por mi conducta política y revolucionaria, dejando para cuando pudiera contar con aquellos medios, el convenir con la verdad á los equivocados en sus juicios, y confundir á los calumniadores que por su interés personal los hubieran extraviado.

Pero mi resolución no podía permanecer inalterable, cuando son objeto de sañosos y violentos ataques, y calificados, al hablar de los sucesos del 22 de Junio de 1866, de *asesinos*, *cobardes*, *vendidos por un puñado de oro*, etc., etc., los que, si bien no aliados por mí en el partido liberal, ni por mí tampoco alistados en el movimiento revolucionario citado, se han batido á mi lado y á mis órdenes, bajo las superiores del valiente y bizarro general Píard.

Hoy, pues, saliendo de mi silencio, me dirijo á ustedes y al público para referir con toda verdad, y lo más breve y sumariamente que me sea posible, la parte de dichos sucesos que, desfigurada sin duda, sirve de base á las citadas calificaciones, que se ven estampadas en varias de las exposiciones dirigidas al trono por los jefes y oficiales del cuerpo, y muy especialmente en la de los de Valencia, inserta en la *Gaceta* de 12 del actual, dejando para más adelante la amplia historia de la jornada mencionada.

Liberal de muy atrás en mis ideas, y entusiasta por el triunfo de ellas, no tardé, á mi llegada á Madrid, en ofrecer á los jefes del partido liberal mi débil cooperación, que fué aceptada, y en solicitar del Gobierno una real licencia que me permitiera ocuparme exclusivamente de aquel objeto; negáronse tal licencia, y continué en Madrid, donde se me encargó más tarde del movimiento que se intentaba con casi todo el ejército residente en Madrid, y cuya base serían las fuerzas de San Gil, bajo la superior dirección y mando del ya citado general.

Riel á mis compromisos políticos, por más que fuera doloroso combatir contra mis compañeros, acepté; pero pidiendo en seguida mi licencia absoluta, para quedar designado de todo deber militar opuesto á la situación en que me iba á encontrar. En tal estado, vi á los sargentos que se me había dicho estaban al frente de los trabajos hechos en los regimientos, á fin de conocerlos y darles instrucciones para el movimiento. Estas fueron, que en la hora al efecto más propicia, sorprendieran, desarmaran y dejaran encerrados en los cuarteles de guardia á los jefes y oficiales de cada cuartel, y en sus pabellones á los que en ellos se encontraran; *haciéndolo á cabo sin hacer uso de sus armas, para evitar, en cuanto fuera posible, todo derramamiento de sangre.*

Determinado el movimiento para el día 22 de Junio, y escogida como mejor por los sargentos la hora de la madrugada, en la de dicho día en-

traron siete sargentos y cabos en el cuerpo de guardia de los regimientos á pie en San Gil, para sorprender é intimar á la rendición los jefes y oficiales que en él se hallaban, hacerlos presos, desarmarlos y dejarlos allí mismo encerrados; ya lo tenían casi conseguido sin resistencia alguna, cuando quiso la fatalidad que el capitán Torrealba (cuya desgracia en el alma dolí) desapareciera por dos veces su revolver dentro la oscuridad en que se encontraba, matando un sargento é hiriendo otro, y excitando con su acción y su voz á los demás jefes y oficiales ya dispuestos á entregarse, á seguir, su ejemplo. Así lo hicieron, descargando sus revólveres sobre los sargentos. Las consecuencias eran fáciles de prever; por espacio de dos ó tres minutos, repetidos disparos se cruzaron, en medio del humo y la oscuridad, entre una y otra parte, retirándose al fin los sargentos después de recoger las llaves para abrir las puertas, dejando dos muertos y retirando tres heridos, habiendo causado á los oficiales un muerto y otro mortalmente herido, que más tarde llevaron ellos mismos en sus brazos á recibir asistencia médica á una casa inmediata que les indiqué, tan pronto como de ello tuve noticia.

Una vez dentro del cuartel, y enterado de lo ocurrido, dispuse que mientras salían las fuerzas, para evitar nuevas temeridades, hicieran de rato en rato sobre las dos puertas del cuerpo de guardia, ya cerradas, algunos disparos, que con su ruido impedirían fuesen de nuevo abiertas para otra agresión. Esto cesó después, y pude escaparme, sin ser por nadie molestado, un alférez que llevó al Gobierno la noticia de lo ocurrido, y salir otro oficial que fué autorizado por mí para retirarse á su casa.

En el cuartel del regimiento á caballo, la escena fué desgraciadamente semejante; al ruido de los disparos en el inmediato, un sargento dijo el grito de *¡viva la libertad!*; los oficiales salieron al patio y en él los acosaron á balazos y bajaron otros sargentos y cabos é intimaron á los oficiales á la rendición, pero no fueron atendidos, comenzando una lucha, en que fueron muertos el comandante Cadaval y heridos un teniente y dos sargentos ó cabos, y terminó retirándose el capitán á ocultarse en el cuarto de un sargento y los demás oficiales al cuerpo de guardia, sin que después fuesen molestados ni uno ni otros.

El señor coronel Puig, á quien todos creían preso en su pabellón, en el que solía estar á aquella hora, y así se me había participado á mi entrada en el cuartel; regresaba á este después de acompañar al señor general Valdés, cuando la tropa formada en la plaza de San Marcial y yo me ocupaba de evitar todo derramamiento de sangre, para tomar la maestría por medio de la persuasión y la amenaza. Al ver un regimiento sublevado, sacó su revolver, denostó é insultó á los que encontré, que lo abrieron paso en silencio, y disparó, por último, sobre ellos su arma; se echaron entonces sobre él para apresarle; pero mal dispuestos en contra suya sus antiguos subordinados, por sus especiales y poco á propósito dotes de mando (que entonces todos lo reconocían) y viéndose atacados é insultados, le dirigieron varios disparos, que lo dejaron caído. Estos mismos individuos, sin embargo, sin la agresión temeraria de dicho jefe, lo hubieran solo preso como después hicieron con otros muchos oficiales y jefes que me presentaron; y si hubiera estado en su pabellón, en el ó lo habrían dejado tranquilo, como dejaron al señor coronel del regimiento á caballo y al de la maestría, no obstante que estos, así como otros varios oficiales desde las ventanas nos dirigían, y en especial á mí, un continuo fuego de revolver, poco certero en verdad; pero molesto y que irritaba á la tropa. Restame hablar de la muerte del comandante Valeriano. Este señor, así como los demás oficiales de a pie, quedó después de la primera lucha con sus armas y sin ser molestado en el cuerpo de guardia. Cuando yo en el cuartel sólo quedaban los presos, la guardia y algunos rezagados, salí al patio disparando su revolver y dando cuchilladas á cuantos encontraba, que en un principio se retiraron, pero que después se echaron sobre él, empezando una lucha fatal para dicho jefe, que quedó muerto después de haber herido á varios.

Estas son las desgracias ocurridas en San Gil: sólo hubo lucha, combatientes y víctimas: prudencia y temeridad, heroísmo por una parte; natural defensa en la otra, iniciativa en los jefes y oficiales, primeras víctimas en la tropa, funesto resultado para todos; pero no asesinatos ni cobardía.

De los jefes y oficiales hechos antes y después prisioneros, muchos se retiraron á sus casas bajo palabra de honor de no salir de ellas; pero otros, y entre ellos tres capitanes del regimiento á caballo (uno en traje de paisano), además del de guardia, prefirieron quedar en San Gil, hablando libremente, aun cuando desarmados, con sus sargentos y tropa; y estos, lo mismo que todos, pudieron ver que el espíritu de los regimientos sublevados no era cruel ni sanguinario, sino noble y valiente. Que la causa que seguían y la actitud que tomaron merecían de los que son nuestros contrarios distinta apreciación que de nosotros, es natural; pero no razón ni motivo para cubrirlos, sin más fundamento, de infamia.

Por lo que hace al *puñado de oro*, merezco sólo refutación? ¿Lo creen los mismos que de ello hablan? Sin embargo, diré dos palabras. Ni un real ha costado al gran partido liberal ni á nadie el movimiento de que me ocupo, pues el soldado de la libertad en España, se subleva, se bate, muere, pero jamás se vende. Si alguno lo ha tenido la menor prueba, el menor dato, la menor noticia de ese dinero, de ese oro corruptor, apror que no quisiera que me saliera, que se estuviera generalidad que mancha, pero nada digo? Yo lo he excitado á ello: que diga y pruebe, cuando, de quién, cómo y en dónde se ha recibido ese *puñado de oro*, y si no, que callen y no admitan calumnias en sus escritos con el solo propósito de infamar.

No habiendo sido mi ánimo ocuparme de otra cosa que lo ocurrido en San Gil, y no queriendo tampoco cansar más á los que lean esta, por necesidad larga carta, dejo para otra ocasión y para otros medios, más cumplidos detalles de los referidos sucesos. Entretanto, con su corazón y en conciencia, juzgue cada cual si las valientes artilleras sublevadas merecen tan infames calificaciones, que estoy persuadido se han estampado ignorando la verdad de los hechos que dejo relatados.

Pongamos enhorabuena una corona de laurel y derramemos una lágrima sobre las tumbas de las víctimas de una y otra parte y de los sesenta y seis fusilados después, muchos de ellos inocentes; pero no insultemos á los muertos ni infamemos á los desgraciados con injustas calumnias ni vilipendios, sino deplóremos la mala situación de nuestra patria, á la que todos, estoy seguro, deseamos felicidad y ventura.

Soy de Vd. con todo respeto, atento y seguro servidor Q. B. S. M., Baltasar Hidalgo de Quintana, ex-comandante capitan de artillería.

Paris, 28 de Octubre de 1867.

Dejo aparte lo que después ha podido merecer el general Hidalgo de la revolución. Yo quisiera que todos los jefes militares hubieran hecho un carrera con arreglo á la estricta ordenanza; pero la organización de nuestro país impide que esto suceda; y sin embargo, puede decirse que los últimos empleos que ha tenido el general Hidalgo los ha tenido, uno por ir á Cuba y por hallarse allí en muchas acciones, otro por su campaña y su herida de Cataluña.

No comparo, porque las comparaciones son odiosas siempre, pero no puedo menos de decir que el general Hidalgo es un modelo, un hombre irreprochable en su vida privada y en su vida pública, á quien estiman cuantos han estado

en contacto con él, antes y después de la revolución.

Vamos ahora á la cuestión importante, y no quiero que nadie suponga que he hecho esta defensa porque pesa en mi favor en la balanza. La he hecho para que se sepa la verdad por todo el mundo, y no quiero que pese en la decisión de la Cámara.

He demostrado que el general Hidalgo podía ser nombrado capitán general de las Provincias Vascongadas. Han convenido todos en que los oficiales faltaron no presentándose á él, y en que él estuvo en su derecho al sujetarlos á un procedimiento militar. Yo creo que el cuerpo de artillería no ha tomado en este asunto, ninguna actitud que desdiga de su respeto, nunciamiento al principio de autoridad y de Gobierno, y de su educación científica, que le obliga á mirar las cuestiones con más detenimiento que lo pudieran hacer otras corporaciones.

Yo creo que ese cuerpo, al cual el Gobierno revolucionario tiene el mismo respeto y el mismo cariño, porque se lo merece, que los Gobiernos anteriores, leará lo que he dicho con atención y detenimiento, y dejará franco y abierto paso al principio de autoridad y al sumario de los procedimientos abiertos en Vitoria. Y si así no fuera, yo suplico á los que en ese cuerpo no estén apasionados por espíritu de partido, ó por otras causas, que piensen en la situación en que pondrían á un Gobierno si no siguieran una conducta mesurada y digna, porque es imposible que el Gobierno acceda á que pueda pensarse ni decir por nadie, que los ministros y los capitanes generales nombra el cuerpo de artillería. No; nosotros moriríamos en las calles cumpliendo con nuestro deber, antes que consentir eso; nosotros, á quienes se acusa de anárquicos y de que no sabemos dar paz al país, hemos de entender el principio de autoridad como lo entienden los liberales; pero no hemos de dejar que se le aje sin razón, y le hemos de reservar intacto, mantenido con el esmero de nuestra dignidad, para que nadie pueda avargonzarse de sucedernos en este banco.

Yo celebró que el cuerpo de artillería haya procedido con la mesura y la sensatez y la prudencia que ha demostrado ahora; yo le doy las gracias desde aquí, y algo valen las gracias de un paisano y de un presidente del Consejo de ministros, para que lea la cuestión las aprecio en lo que debe, y examine la cuestión, para que se informe de los que presenciaron los sucesos; y si estos son tales como yo los he dicho, que obran prescindiendo de preocupaciones de cuerpo, indignas del siglo XIX, é inspirándose solo en la razón y en la justicia.

Y si tuviéramos la desgracia de que no se examinara aquellos sucesos, y de que no se hiciera caso de lo que con la mayor buena fe y con el mejor deseo he dicho, y de que no se olvidaran las tradiciones de ese cuerpo, y de que algunos ó todos los oficiales de ese cuerpo nos quisieran dar un disgusto, lo arrostraríamos en defensa del principio de autoridad y Gobierno, de la integridad de nuestra dignidad y hasta en defensa de la misma disciplina del ejército.

Nada más. Sean las que quieran las consecuencias de esta actitud y de esta conducta, nosotros, procediendo como hombres que estiman su decoro y su dignidad, al defender las ideas que acabo de manifestar, no hacemos más que responder al sentimiento de todos los partidos que quieren distintas formas de gobierno, pero no quieren que desaparezcan por el capricho de algunos, la razón, la justicia y el derecho, que deben regir la sociedad del siglo XIX.

El Sr. NOUILLAS: El señor general Lagunero ha usado la palabra para defender á un ausente, á quien yo no atacaré, y más he hecho una alusión. A esta ha contestado el señor ministro de la Guerra, que no ha aprobado la conducta del general Hidalgo, manifestando que no había estado en sus atribuciones el detener á esos oficiales en el hospital, y no en sus casas. Para prender á un oficial se necesita auto del fiscal, y esta ni siquiera estaba nombrado.

¿Cuanto tengo que decir.

El Sr. VIDART: El Sr. González ha hecho para contestarme un discurso, en el cual ha dicho que sólo los republicanos pueden aceptar el principio de la obediencia debida, y esta es una teoría inadmisible.

Después S. S. ha hablado de oligarquía militar, y no se tiene en cuenta que de la preponderancia que aquí tiene el elemento militar son responsables los partidos políticos que apelan á la fuerza para hacer triunfar sus ideas; es responsable mi amigo el Sr. Navarrete, que defiende el derecho de insurrección siempre que se crean como hallados los derechos del hombre; y como la doctrina de los derechos del hombre es muy clásica y se puede defender casi siempre el derecho de insurrección, no puede menos de resultar el predominio militar que lo gozaban sus señorías.

El señor presidente del Consejo ha preguntado qué haría el cuerpo de artillería en el caso de que tomara bajo su responsabilidad colectiva la conducta de esos oficiales. Yo no puedo hablar en nombre del cuerpo de artillería; podrían decir sus opiniones como yo, mis amigos los señores Pérez y Quintana....

El Sr. VICEPRESIDENTE (Mosquera): Señor diputado, ruego á V. S. que se limite á rectificar, en vez de hacer nuevas alusiones personales.

El señor ministro de ESTADO: Tanto más, cuanto que no se ha hecho esa pregunta.

El Sr. VIDART: De todos modos, yo puedo decir que el cuerpo de artillería no se saldrá jamás de lo que queda dentro del derecho.

Y concluyo sosteniendo que no se puede condenar la conducta del cuerpo de artillería, sin bajo el punto de la obediencia ciega. De ningún modo bajo el aspecto de la obediencia debida, que es el admitido por todos los escritores modernos, y que no es exclusivo del partido republicano.

El Sr. NAVARRETE: El Sr. Hidalgo no creo de modo alguno que hubiera autorizado lo que se hizo con algunos oficiales, ni aún consintiólo con otros. Esto está en la conciencia de todos los que me escuchan; y el presidente del Consejo, sin querer, ha envenenado la cuestión, y me obliga á consignar lo siguiente:

[D. Manuel Llamas, subteniente, alumno entonces, al acudir al local de la escuela, sito en el cuartel de San Gil, sufrió repetidos disparos de fusil por los sublevados, de uno de los cuales cayó herido de una pierna, verificándose así la presencia del Sr. Hidalgo.]

[El Sr. Allende Salazar, teniente del 5.º regimiento á pie, sufrió también varias descargas en la plaza de San Gil, á presencia del mismo Sr. Hidalgo.]

Me rectifico en que creo que conscientemente no consintió nada de esto el Sr. Hidalgo, y que todo aquello fué una desgracia, y nada más que una desgracia.

El señor VICEPRESIDENTE (Mosquera): Se va á preguntar si se proroga la sesión.

Hecha la pregunta, el acuerdo fué afirmativo.

El Sr. NAVARRETE: Al decir que creo que no consintió el Sr. Hidalgo conscientemente esos hechos, quiero decir que no los quería, porque la plaza de San Gil es muy grande y pudiera estar en otro punto. No quiero prolongar esta cuestión, que deso concluya honrosamente para el señor Hidalgo y para mis queridos compañeros; y no digo más acerca de esto.

El Sr. NAVARRETE: Como mi objeto ha sido ampliar la pregunta del Sr. González, y esto está ya conseguido, retiro mi proposición.

El señor SECRETARIO (Morano Rodríguez). Queda retirada.

El Sr. GONZÁLEZ SANCHEZ: No sé si lo que he dicho se ha aplaudido ó no se ha aplaudido; lo que sé es, que está en mi conciencia el deseo de

que no haya un estado que se imponga dentro de otro estado.

El Sr. RODRIGUEZ (D. Vicente): Tenía padida la palabra, porque se me ha citado lo nominalmente y porque se ha recordado la fecha del 22 de Junio, en cuyos sucesos fui actor y testigo presencial.

El señor VICEPRESIDENTE (Mosquera): Usará comprenderá que no lo puedo conceder ya la palabra.

Se suspende la sesión, que continuará á las nueve.

Eran las seis y media.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 18 DE NOVIEMBRE DE 1872.

«Las preocupaciones que existían acerca del señor general Hidalgo, dice *La Tertulia*, no pueden ya ser explotadas por los enemigos de la situación, después de conocidos la verdadera participación y el papel que jugó en los acontecimientos del 22 de Junio, en conformidad con los hechos verazmente relatados por el señor presidente del Consejo de ministros.»

¿Qué preocupaciones son estas?

El mismo presidente del Consejo de ministros lo dijo: al general Hidalgo se le hace el cargo de haberse puesto al frente de los artilleros sublevados que habían asesinado á sus jefes en el cuartel de San Gil y se preparaban á asesinar á otros.

Con los hechos verazmente relatados por el Sr. Ruiz Zorrilla; han quedado desvanecidas, según el diario ministerial, aquellas preocupaciones: luego ha quedado como evidente que el general Hidalgo no se puso al frente de los artilleros sublevados en el cuartel de San Gil el 22 de Junio.

Nosotros prescindimos de la veracidad y exactitud del relato del presidente del Consejo; no nos importa por ahora depurar la verdad histórica de aquellos vituperables y nefandos acontecimientos, y nos limitamos á preguntar, con otro Zorrilla que ni ha sido ni soñado ser presidente de ningún ministerio:

¿Y qué le queda al diablo, vive Cristo, si se le quita la opinión de listo?

¿Qué le queda al general Hidalgo de méritos revolucionarios, si se le quita el que contrajo el 22 de Junio, siendo capitán de artillería y poniéndose al frente de los artilleros sublevados que acababan de asesinar á sus jefes en el cuartel de San Gil? ¿En virtud de qué servicios y proezas es que entonces era capitán se encuentra hoy mariscal de campo y capitán general de Navarra y Provincias Vascongadas?

¿Si no contrajo aquel día el mérito revolucionario de haberse puesto al frente de los artilleros sublevados y asesinos de sus jefes, ¿por qué tan prodigamente se le ha premiado?

Y si por aquel hecho, el principal de su hoja de servicios, la revolución le atiende, le mira y no se harta de galardonarle, ¿por qué se niega hoy lo que ayer sirvió de disculpa ó de fundamento para tan análogos premios?

¿Por qué?

Por la sencilla razón de que en la España revolucionaria se ha perdido por completo la vergüenza.

¿Qué se puede hacer una revolución en nombre de la moralidad para entronizar la inmoralidad más repugnante: aquí se puede proclamar una doctrina en la oposición y la doctrina opuesta en el Gobierno. Aquí el día de la revolución de Setiembre se puede llamar á Hidalgo el *héroe del cuartel de San Gil*, y aquí el día del conflicto entre Hidalgo y los artilleros, puede decirse: *¡No, yo no he sido!* Aquí cuando los artilleros aprietan un poco, se prueba que Hidalgo nada tiene que ver con lo del cuartel de San Gil; si aprietan un poco más se probará que no ha habido tal cuartel, ni tal San Gil, ni tal 22 de Junio. Aquí los revolucionarios están repitiendo cada día y á cada hora la fábula del murciélago: cuando los conviene ser aves ostentando sus alas, cuando cuadrúpedos sus cuatro patas.

No tienen ellos la culpa; la tiene el país que los agnata y que sólo por aguantarlos dá pruebas de merecerlos.

Para tener idea cabal de lo que fué la sesión de la tarde del sábado, dedicada casi exclusivamente á tratar del conflicto Hidalgo, sería menester haber pasado tres horas y media en el salón de sesiones, y no perder ni una sola palabra de cuantas allí se pronunciaron.

Curioso espectáculo. Todos convenían en que, con razón ó sin ella, los artilleros creían que entre ellos y el Sr. Hidalgo mediaba un lago de sangre; todos convenían en que los sucesos del cuartel de San Gil eran horrores, y todos, absolutamente todos los que hablaban, á excepción de los Sres. Ulloa y Salazar, aceptaban los hechos revolucionarios y glorificaban la insurrección. Pues entonces, ¿cómo pueden los revolucionarios defender ó censurar la conducta de los artilleros por su actitud para con Hidalgo? ¿Cómo pueden acriminar ó disculpar á este en lo relativo á los asesinatos de San Gil?

Si para el Sr. Navarrete, oficial de artillería, republicano federal socialista, no hay más motivo de separación entre Hidalgo y los artilleros que el haber tenido aquel la desgracia de mandar á los sublevados en la plaza de San Gil, es menester declarar que la actitud de los artilleros no tiene el menor fundamento, puesto que la desgracia involuntaria á nadie es imputable. El Sr. Navarrete, que reconoce el derecho de insurrección, no tiene más remedio que aceptar todas las consecuencias del mismo.

El Sr. Vidart, también oficial de artillería, diputado radical que proclama la doctrina de que los militares no deben obediencia á sus superiores sino en aquello que sea justo, y que así disculpa implícitamente la conducta revolucionaria de Hidalgo, no puede en manera alguna imputar á ese general las consecuencias de su insubordinación, mientras no pruebe que él las produjo innecesariamente. Por lo tanto, ni el Sr. Navarrete ni Vidart son lógicos sentando las premisas que sientan al ponerse de parte del cuerpo de artillería.

¿Y qué diremos del presidente del Consejo de ministros, que acepta todo lo que ha cou-

tribuido á la revolución, todo lo que se hizo durante ella, y sin embargo, por un lado elogia la prudencia y dignidad con que ha procedido el cuerpo de artillería en esta ocasión, y por otra le culpa de faltar á la ordenanza?

¿Qué laberinto es este? ¿Cómo se aprueba por un lado la insurrección, y se toma pretexto de un hecho desgraciado, pero involuntario de ella, para acriminar á Hidalgo? ¿Cómo se justifican las insurrecciones y se censura á los artilleros por la pequeñez de no presentarse al capitán general?

Digamos de una vez nuestra opinión: el Gobierno, los diputados que combaten á Hidalgo, y los que le defienden ó combaten á los artilleros, todos son inconsecuentes, todos demuestran que la llamada cuestión Hidalgo, tal como hoy se presenta, carece de sólido fundamento.

Dejamos á un lado el pormenor de los hechos relativos á la conducta de Hidalgo en 1866; dejamos á un lado la contradicción que resulta de las palabras de Ruiz Zorrilla, que sostiene que Hidalgo fué tan delicado que no quiso tratar con los sargentos de artillería que habían sido sus subordinados, y lo que en contrario afirma el mismo Hidalgo en su carta de París, leída por el presidente del Consejo de ministros. Hasta ahora no vemos que en el Congreso se haya atribuido á Hidalgo una responsabilidad directa y personal en la muerte de sus antiguos compañeros de armas; nadie se ha atrevido á decir que Hidalgo pudo evitar aquellas muertes y no las evitó. ¿A qué queda, pues, reducida la imputación que se hace á Hidalgo? ¿A la responsabilidad moral que le cabe por las consecuencias de la insurrección? ¡Ah! Pues en este caso, condenada lisa y llanamente la insurrección, tomados los horribles acontecimientos de San Gil como una prueba más de lo execrable que son las insurrecciones, y juzgado como á Hidalgo á todos los militares que han hecho armas contra sus antiguos compañeros; juzgado como á él á los que con él han ascendido de resultados de una insurrección triunfante, y juzgado mucho más severamente que á él á los que le premiarán á él y á los sargentos que sobrevivieron á los sucesos de San Gil.

No, mientras no se pruebe, y nadie lo ha hecho, que los asesinatos de San Gil fueron un hecho independiente de la insurrección, producidos ó consentidos incesantemente por Hidalgo, no vemos qué motivo importante hay para hacer con él una excepción, y para no comprender en el mismo anatema á los que antes ó después se han hecho partícipes de los sucesos de San Gil.

Revolucionarios de la víspera y del día siguiente, no hay remedio; si aceptais la revolución, aceptad todas sus consecuencias; y si os estremaís al tocar algunas de ellas, eso os probará cuán absurda es vuestra conducta.

En otro lugar hacemos algunas reflexiones sobre el conflicto á que da su nombre el general Hidalgo y que ha podido traer graves consecuencias. Dicese que está conjurada la tormenta, pero nosotros aun no nos atrevemos á creerlo así por completo. Por lo que y para tener á nuestros lectores al corriente de lo ocurrido seguiremos reseñando la historia de este asunto.

Por la reseña de la sesión y noticias de última hora que publicamos en el número del sábado comprenderán nuestros lectores que la inesperada venida del general Hidalgo y su dimisión de la capitán general de las Provincias Vascongadas, así como la renuncia de la faja de general, cambiaban por completo el estado de las cosas, facilitando mucho el desenlace del conflicto y creando otro á este Gobierno, cuya vida es una serie de peligros y disgustos.

En efecto, ni la actitud del general Hidalgo, ni las exigencias de los artilleros, ni la necesidad de resolver de alguna manera el conflicto, permiten que, contra lo dicho por algún periódico, vuelva aquel al puesto que acaba de dejar. Aun más; no es posible, como aquí no se quiera salir de Seila para caer en Caribís, que se le dé ningún cargo semejante donde hallaría igual resistencia que en Vitoria. Por eso es de presumir que ni el Gobierno le habrá hecho ofrecimiento alguno, ni él lo habrá aceptado.

Que se ha llegado á un arreglo dicen los periódicos oficiosos. Ignórase aun en qué términos, y hay diario que asegura seguir la presentación de dimisiones de los individuos del Cuerpo de Artillería, lo cual se explica, si desde luego prefieren seguir la suerte de sus compañeros procesados, antes que sacrificarse á los escrupulosos ordenamientos del Gobierno. Mas si este ofrece á todos el olvido lo pasado, bien puede creerse que á no surgir nuevas complicaciones, la única víctima será el general Hidalgo. Por de pronto, los oficiales arrestados en el hospital de Vitoria han sido trasladados á sus casas; esto ya es un triunfo del Cuerpo á que pertenecen, así como el asegurarse que no han sido dados de baja todavía, por no haber terminado la sumaria.

En cambio, se supone muy indignado al general objeto de la animosidad de sus antiguos compañeros. Debí usarle, sin duda, para entregar el mando sin licencia del Gobierno, venirse á Madrid, y protestar de esta manera poco conforme á las leyes militares, contra la conducta del Gobierno, que dejaba su honra abandonada.

Dicese que ha tenido animadas conferencias con los ministros; que el general Córdova, no sabiendo cómo salir de este nuevo conflicto, quería cortar por lo sano dejando la cartera, y que el partido radical, haciendo suya la dignidad ultrajada del rebelde de 1866, procuraba desenojarle con sus visitas al mismo y con sus conversaciones alborotadas en los pasillos y salas de juego de la Tertulia de las Carretas. A estos propósitos obedece sin duda el hallarse llena de visitas de los radicales la casa del general Hidalgo.

Se ha dicho también que este recibió en Vitoria un mensajero del Gobierno, rogándole que para conjurar el conflicto dimitiese el mando, y que esto motivó la violenta resolución del general de venirse á Madrid, dejando mando y faja y hacerse la justicia por sí propio. Esto lo niegan terminantemente los amigos del Gobierno, así como las disidencias atribuidas á ciertos ministros con respecto de los demás. Como documentos curiosos damos aquí los telegramas que mediaron entre el ministro de la Guerra y el general Hidalgo:

El primero, del general Córdova, decía:

«Enterado del escrito de V. E. de ayer, referente al asunto de los artilleros, y puesto que en el hospital militar no hay local donde colocarlos, puede V. E. disponer que pasen arrestados á sus casas.»

A este telegrama contestó el general Hidalgo con el siguiente:

«Recibido telegrama cifrado, cuestion artilleros; y siendo el pasar estos arrestados á sus casas su deseo, y el triunfo de su insubordinación ante todo, ruego á V. E. me signifique si es la voluntad del Gobierno el que aquello se lleve á efecto.»

A esta nueva pregunta contestó el ministro de la Guerra:

«Contesto á su telegrama de esta madrugada manifestándole que los oficiales de artillería arrestados en el hospital, deben pasar en el mismo concepto á sus casas, por ser lo que se acostumbra con los oficiales que se dan de baja por enfermos.»

A las seis de la tarde del siguiente día, dirigió al ministro de la Guerra el general Hidalgo el siguiente telegrama:

«Recibido telegrama cifrado de esta mañana. Acusando su orden y no permitiéndome ni dignidad ejecutarla, ruego á V. E. presente á su majestad la dimisión de mi cargo y la renuncia de mi empleo de mariscal de campo, en el concepto de que, para que tenga efecto aquella orden, entrego hoy el mando al brigadier de ingenieros y marcho esta noche á esa corte, donde presentaré por escrito á V. E. mi dimisión y renuncia, y volveré personalmente y como particular por mi honra abandonada.»

La dimisión en estos términos propuesta, ha sido aceptada.

Como tanto se ha dicho en estos días, son muchos también los párrafos que dedica la prensa ministerial á desmentir ó rectificar dichos y comentarios. Entre estas rectificaciones está la publicada en *El Imparcial* de ayer sobre que pensaban muchos jefes y oficiales de otros cuerpos seguir la conducta de los artilleros, si no se satisfacían las aspiraciones de estos. Podrá estar en lo cierto *El Imparcial* al negarlo; pero todo el mundo ha oído decir lo contrario como cosa natural y resuelta.

Lo que aun ofrece duda es la resolución que el Gobierno adoptará con los oficiales sumariados en Vitoria, y principalmente con el brigadier Blengua, por haber resistido aquellos las órdenes del capitán general y por haberse venido éste á Madrid sin darle noticia alguna de su viaje. Parece cierto que el señor Blengua vino á Madrid con licencia del director del arma y en comisión del servicio; pero que faltó á la ordenanza por no haber tomado la venida su jefe inmediato.

Como hemos dicho antes, los artilleros no quieren ni pueden abandonar á sus amigos y compañeros, sujetos á una sumaria, pero esta no traerá para ellos consecuencia alguna, porque aun más gravemente que Blengua ha faltado á la ordenanza el Sr. Hidalgo al abandonar su puesto sin autorización superior. Y como el Gobierno no querrá castigar al uno, es seguro que tampoco castigará á los otros. De todo esto, como se ve, la disciplina y la autoridad del Gobierno salen poco favorecidas.

Más dicho que los artilleros, en el estado actual de la cuestión, no se opondrían ya á la formación de un jurado de honor que fijara de una vez el papel que en adelante había de corresponder al Sr. Hidalgo en sus relaciones con el cuerpo de artillería. Nos parece que esto no es cierto, pues ayer se empeoró el asunto con la publicación de ciertos documentos que unidos á las palabras del Sr. Navarrete en el Congreso, y á lo que aún está por ver, pero que se verá, no dejan muy bien parado al Sr. Hidalgo. Anteanche anunció *La Correspondencia* que los artilleros iban á explicar su conducta por medio de un documento importante, que no obstante aparecer sin firma, se presume ser un suplemento publicado ayer por *El Correo Militar*, y cuyos principales párrafos son los siguientes:

«Como es sabido, el 22 de Junio de 1866, gran número de jefes y oficiales de artillería, muchos de ellos eminentemente liberales, ninguno político, ni identificado con aquella situación, pero todos punterosos y penetrados de su deber de prestar obediencia al Gobierno entonces constituido, como en igual caso se la hubieran prestado al actual, fueron cruel y bárbaramente sacrificados, no obstante haber sorprendido á unos y cogido á otros indolentes en las calles, ignorantes de que la soldadesca desenfrenada que les recorría iba dispuesta á asesinarlos. A la cabeza de ella se había puesto un compañero de las víctimas. Pocos días antes los daba la mano de amigos; vestía su mismo uniforme; hacía el servicio con ellos; tomaba parte en sus intimidades, mientras alapada y traicionariamente los estaba vendiendo, válido de su propio cargo y empleo, y de no inspirarles desconfianza alguna como individuo de un cuerpo donde afortunadamente hasta entonces no se conservaba memoria de tamaños ejemplos de iniquidad.

Hay quien asegura que la horrible hecatombe de aquel tremendo e inolvidable día fué ordenada por él; mas aun rechazado tal aserto, subsiste siempre el de no haber hecho nada para impedirlo, y si autorizólo con su presencia, con su tácito asentimiento, sin dar muestras de ningún pesar, sin anatematizarle como cumplía á todo hombre de medianos sentimientos, sin manifestar en ninguno de sus actos el menor rastro de nobleza, de dolor, ni de humanidad. Participando, aun en escaso grado, de estas cualidades, y habiéndose perpetrado tales crímenes contra su propósito y voluntad, debería considerarse como el mayor infamante, y aquel día como el más atroz de su vida; y haber hecho siquiera el sacrificio de su carrera militar en holocausto de aquellos amigos y compañeros suyos desapiadadamente asesinados por las tropas desbandadas que había contribuido á seducir.

Pero en vez de esta conducta ha observado justamente la opuesta, formando de aquellos hechos los títulos de su gloria, el libro de sus hazañas, el fundamento de sus ambiciones, el escalón de su fortuna. No cabe más palmatoria manifestación de aceptar plenamente la responsabilidad de lo acaecido, y de que si no ordenó la matanza, no le pesa, ni le aflige, ni le avergüenza que se cometiera, antes bien explota en beneficio propio, para ascender en cuatro años desde capitán á general, su participación en aquellos sucesos por confundirse la idea política de la revolución, entonces intentada, con los innecesarios é injustificables crímenes perpetrados para realizarla.

El cuerpo de artillería se le representa, pues, todo salpicado con la sangre de sus compañeros, sangre que nada puede borrar, y va rotos por él sus gloriosas tradiciones, y mancillado el honor de sus banderas. Fundamento, pues, rehúsan los oficiales de artillería el estar bajo sus órdenes, y prefieren todos, absolutamente todos, desde el digno y honradísimo director general hasta el último de sus subalternos, el retirarse del servicio antes que verse obligado ninguno de ellos á lo que consideran una falta de dignidad y

un miserable ultraje á la sagrada memoria de sus infortunados compañeros.»

Lo restante del documento se limita á consignar que la actitud del cuerpo de artillería no responde á interés de partido, á protesta de la fidelidad á todo Gobierno y á negar que se piense por los artilleros con su actual actitud, en cosa alguna que no sea el honor de la bandera, la santidad de la disciplina, la memoria de los mártires del deber y de la honra y el enaltecimiento de la patria.

Es inútil, pues, que se trate de crear atmósfera en favor del Sr. Hidalgo, negándole participación alguna en los tristes sucesos de San Gil. Ni las declaraciones del Sr. Córdova en este sentido; ni los sueltos de *La Correspondencia*, ni cuanto se haga y diga convencerán quizá á los artilleros de que están equivocados. Sobre otros testimonios que abundan en este asunto y que contribuyen á empeorar la cosa está, según *La Epoca*, el del Sr. Gallego, jefe de artillería que dice públicamente por quién fué sorprendido y amenazado «con un revolver dentro del cuartel.»

Ayer llamó el gobernador militar á los jefes de artillería, para decirles que el conflicto quedaba resuelto de una manera satisfactoria. Si lo que con esto se propuso el Gobierno fué evitar nuevas dimisiones y renuncias, nos parece que andaba equivocado; pues si es cierto que se habían presentado en Madrid doscientas dimisiones, no quedarían ya muchas por presentar. Decíase, y no nos extraña que hubiera salido esta ocurrencia de algún cacemán extranjero ó extranjero, que si el conflicto seguía adelante, vendrían oficiales italianos á mandar nuestra artillería.

El Correo Militar dice que los artilleros residentes en las posesiones ultramarinas seguirían la conducta de los de la Península.

Hagamos notar que *El Imparcial* condena la conducta del Sr. Hidalgo, á quien acusa de falta de calma y poca previsión, por haber abandonado su puesto. Pero es seguro que el periódico cambió su felicitación allí en sus adentros de este suceso, que ha venido á sacar al Gobierno del atolladero en que estaba metido.

Como documento de interés para la historia de los sucesos del 22 de Junio y del conflicto de estos días, reproducimos el siguiente comunicado que ha dirigido á *El Imparcial* el general Hidalgo:

«Señor director de *El Imparcial*.

MADRID, 17 de Noviembre de 1872.—Muy señor mío y estimado amigo: Ruego á Vd. me haga el obsequio de insertar en su periódico el siguiente escrito para esclarecimiento de los hechos que acerca de mí persona han llamado la atención pública estos días, esclarecimiento que deseo llegue á conocimiento de cuantas personas se han ocupado del asunto.

Con este motivo repito á Vd. muy afectuoso amigo y seguro servidor Q. B. S. M.—Baltasar Hidalgo de Quintana.

He leído en el extracto que de la sesión del Congreso celebrada ayer publica *La Correspondencia de España*, algunas frases que me obligan á salir de mi silencio, antes de la época en que había pensado hacerlo, cuando ya viese completamente terminada la cuestión promovida contra mí persona por algunos jefes y oficiales de artillería; y para aclarar algunos puntos, que por referirse á personalidades y á servicios prestados por mí á las mismas, había omitido en mi carta publicada desde París en Octubre de 1867, y que, quizás, por considerarlos como de detalle, no mencioné en su elocuente y brillantísimo discurso el Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, al defenderme de los cargos que contra mí se han lanzado, por cuyo hecho, de la manera más pública y solemne, le mando desde aquí la expresión de mi sincera gratitud.

Dijo el Sr. Navarrete, según el expresado periódico, al declararse campeón de aquellos jefes y oficiales de artillería, y olvidando quizá sus ofrecimientos hechos en 1867 de sublevar en Cádiz la fuerza de dicho cuerpo allí existente; dijo el referido señor que tenía un testimonio de oficiales que declaran que el que firma esta carta presenció el acto de ser heridos seis oficiales y muertos otros varios el día 22 de Junio de 1866. Empezaré publicando los nombres de los oficiales que presos en dicho día por sus propios soldados sublevaros ó por el pueblo y presentados á mí, fueron protegidos, puestos en libertad para volver á sus casas, ó accediendo á sus deseos, se les dejó libres en la plaza de San Gil, ya con el fin de que hablaran á sus tropas, ya para atender á otros objetos que mas adelante iré mencionando. Entre estos se encuentran probablemente los que hoy, en prenda de gratitud, emiten dicho falso testimonio. Queden, pues, desde aquí desmentidos.

Al entrar en la maestraza de artillería, presentándose indolentes ante las bocas de los fusiles de sus defensores, para convencerlos de la inutilidad de su defensa y evitar más derramamiento de sangre, encontré al oficial que mandaba la guardia de la misma, y que no nombro, asustado y aturrido, pidiendo gracia para él y para su fuerza. Esta se unió á los sublevados, y al oficial le autorizó para marchar á su casa libremente, lo que debió hacer, pues no volví á verlo.

Dentro de la maestraza ya, encontré al señor coronel Prat, director de ella, á quien, como el mismo puede manifestar, ni hablé ni molesté en nada, limitándome en su presencia á encargarlo todo el orden posible en la operación de distribuir armas á los hombres del pueblo que habían entrado con el propósito de adquirirlas.

Allí encontré también al Sr. Encina, conocido entonces entre los artilleros por sus ideas democráticas y republicanas, el que apostrofó lo por mí en tal concepto para que se uniese al movimiento, me contestó que él no se pronunciaba, pero que entregaba armas al pueblo. Dicho Sr. Encina sabe que tampoco le molesté en modo alguno, sin embargo de que los oficiales de la maestraza, y probablemente el referido coronel y el mismo señor, me estuvieron haciendo un continuo fuego de revolver desde las ventanas, á mi entrada en el edificio. A estos dos señores, Prat y Encina, no los dejé marchar á sus casas, por la conveniencia de que la maestraza no quedase abandonada en aquellos momentos.

Más tarde me fueron trayendo presos á los señores Martínez Garda, Gallego, Henostroza (don Luis) y otros, que no recuerdo á punto fijo donde los vi, y que eran los Sres. Ceballos, Palacios, Allende y Llamas Navia, á los cuales puse en libertad de marchar á sus respectivas casas ó de quedarse allí. Prefirieron hacer esto último los Sres. Gallego y Henostroza (D. Luis); el primero autorizado para hablar á los sargentos y cabos de su escuadrón, y al segundo para atender á su señor hermano D. Mariano, á quien todos creíamos herido, y que después resultó hallarse tan solo.

También el Sr. Samaniego se encontró en la plaza de San Gil; pero de paisano, y aun cuando fué visto, como nadie le molestó, no tuve que ocuparme de él.

El Sr. Pozo, que escapó del cuartel en los primeros instantes, tan pronto como se abrieron las puertas del edificio, aunque pasó por mi lado en

los momentos en que yo entraba en el mismo, no fué detenido, dejándole marcharse á dar cuenta de los sucesos al señor general O'Donnell.

Entre todos estos señores deberán encontrarse los dos testimoniantes á que parece aludir el señor Navarrete: ahora pasará á ocuparme de lo testimoniado.

Dicen que á mi presencia fueron heridos seis oficiales y muertos otros. Ignoro en primer lugar que en aquella infuista jornada, en que por desgracia hubo muchos jefes y oficiales muertos, llegara el número de los heridos al que se indicó; pero aun suponiendo fuesen tantos, debo declarar que, si unos y otros lo fueron en el cuerpo de guardia, que es donde la lucha ha sido mayor, entre los sargentos sublevados y los oficiales, allí no me encontré yo, sino solo en el pasadizo de entrada, después de haber sido recogidos por los sargentos las llaves de la puerta, motivo de la referida lucha, fué aquella abierta y pude ya entrar en el cuartel, en el momento precisamente en que escapaba el Sr. Pozo.

Dentro del edificio solo estuve el tiempo suficiente para poder sacar las primeras fuerzas, manteniéndome después en la plaza de San Gil, atendiendo á su diferentes avenidas, salvo algunos momentos que permanecí en la maestraza y un corto rato en que fui á la plaza de Santo Domingo, calle de Jacometrezo y Postigo de San Martín, sin haber para nada entrado en el cuartel del regimiento montado, á cuya puerta sólo me asomé para hacer que salieran las primeras piezas.

Fueron después muertos otros jefes, como el señor coronel Puig, el de igual clase, Sr. Balanzat, y el comandante Sr. Escario; el primero, casi á la puerta de su cuartel; el segundo, en la calle de Jacometrezo, y el último en la esquina de la de Leganitos á la plaza de San Gil; pero estos hechos se verificaron porque no encontrándome yo presente en aquellos sitios, me fué imposible evitarlos y evitar con ellos á los referidos jefes tan triste suerte, de la misma manera que la impidió respecto á los otros que ya quedan mencionados. Ni se comprendería lo contrario, como no sea suponiéndome demente ó un hombre de condición tan mudable, que para unos estuviese lleno de caridad y humanidad y para los otros cruel y sanguinario; tanto más, cuanto que esas desgracias, si algún efecto habían de producir, además de su carácter repulsivo, hubiera sido contrario al movimiento intentado.

De heridos fuera del cuartel sólo tengo noticia de un subteniente alumno, que creo fuese el señor Lamas Navia, y que habiendo en los primeros momentos, y cuando se atacaba la maestraza, salido, según dijo, fué herido en un muslo por los que habían fuego á dicho establecimiento. Habiendo ocurrido este hecho en el corto tiempo que precedió á mi entrada en el cuartel, y habiéndolo yo presenciado, impidió que tuviese mayores consecuencias, porque instantáneamente mandé hacer alto el fuego, recoger al oficial herido y conducirlo para su curación á una casa inmediata.

Ignoro qué otros heridos y muertos lo hayan sido delante de mí, y añado, por último, contestando al referido Sr. Navarrete, á los oficiales á que alude y á cuantos en la prensa ó fuera de la prensa, con sus firmas ó sin ellas, se han ocupado de este asunto, que cuanto digan que no esté conforme con lo que he dejado expresado y en la misma manera que lo digo, es falso y calumnioso, y que así lo sostendré en la forma que sea preciso.

Con respecto á la lucha de los cuerpos de guardia entre los oficiales y los sargentos, me refiero en un todo á mi carta de Octubre de 1867, que he publicado en *La Gaceta*, en el extracto oficial de la sesión del Congreso de ayer, y en todo lo restante que tenga conexión con este acontecimiento, en cuya preparación no tuve la más mínima parte, puesto que fué llevada á cabo exclusivamente por personas que no nombro, pero que nombraré en caso necesario. Me refiero á lo que en tan elocuente forma, con tales detalles y con sin igual claridad y veracidad ha manifestado en su discurso del día de ayer el Sr. Ruiz Zorrilla.

Por último, debo añadir para terminar, que en la enumeración de las personas que en dicho día fueron por mí protegidas y amparadas, omito citar los nombres de otros muchos jefes, oficiales y hasta individuos de tropa de varios cuerpos, que habiendo sido presos fuera, ó simplemente detenidos en San Gil, ó puestos en libertad. Y omito citarlos, por no ser el objeto de mi escrito ocuparme de otra cosa que de lo referente al cuerpo de artillería.—MADRID, 17 de Noviembre de 1872.—Baltasar Hidalgo de Quintana.

En la necesidad de dar á conocer á nuestros lectores con la extensión debida la sesión del Congreso, dedicada exclusivamente en la tarde del sábado al conflicto del Cuerpo de Artillería con el general Hidalgo, no podemos insertar la interesante que los diputados celebraron por la noche, y en la cual quedó aprobada la concesión del Banco hipotecario al de París y de los Países Bajos.

Todoálate al Sr. Echegaray responder á las interpelecciones de los señores marqueses de Sardoal y Ramos Calderon, y lo hizo, no como el Sr. Echegaray, sino como ministro de Fomento, que no en vano dejó sentado previamente el inventor de los cables incombustibles que el hombre político puede impunemente ponerse en contradicción con el hombre científico; manera tan sencilla como cómoda de sostener hoy lo que se ha combatido ayer, pero que revela toda la degradación de los tiempos revolucionarios.

El Sr. marques de Sardoal aprovechó de las contradicciones del Sr. Echegaray ministro con el Sr. Echegaray propagandista del libre cambio, é insistió en el carácter socialista de las doctrinas expuestas el viernes por el Sr. Romero Giron. Pero ni este discurso del señor marques de Sardoal, ni otro del Sr. Salavería felicitándose de tener á su lado al Sr. Echegaray y echando solo de menos que las ideas nada revolucionarias del partido radical sobre el asunto, no llegasen á fijar el máximo de interés al Banco hipotecario en provecho del público, ni, por último, las nuevas razones alegadas por el Sr. Ramos Calderon, hicieron mella en la mayoría, la cual representada por 153 diputados, aprobaron el art. 13 del proyecto contra 63 que votaron en contra. Los interesados en este lucrativo negocio del Banco de París respiraron al fin con holgura.

No por eso las oposiciones abandonaron el campo, continuando, por el contrario, haciendo cruda guerra á los artículos sucesivos, que fueron, sin embargo, aprobados hasta el 16 inclusive.

Al discutirse este, ocurrió un incidente curioso, que revela la prudencia y el aplomo con que hoy se redactan, discuten y votan las leyes. Por una equivocación material de copia, fija este artículo el interés que al Banco ha de satisfacer el Tesoro por los pagados cobrados de bienes nacionales en 6 por 100, cuando lo resuelto por la comisión fué meramente que estas cantidades produjeran interés, pero dejando al Gobierno el derecho de fijarlo, de acuerdo sin duda con el Banco. La comisión quería corregir el artículo en este sentido, pero las oposiciones exigían con el reglamento en la mano que la comisión reti-

rarse el artículo para redactarle de nuevo. Así lo decidió al fin la mayoría de la comisión; pero entonces la minoría, representada por el señor marques de Sardoal y otros diputados, usando de su derecho, sostuvieron el artículo tal cual estaba redactado, y los ministeriales no tuvieron más remedio que aceptarlo y aprobarlo con la equivocación material de copia. Eran las dos y media de la madrugada del domingo cuando los diputados se retiraban del Congreso á sus casas, muy satisfechos de su obra. ¡Quiera el cielo que el país no tenga que llorarla y acabar con ella como acabó con el famoso contrato Figuerola!

Hoy seguirá esta discusión, que no puede ya sostenerse muchos días, por grande que sea el celo de las oposiciones.

¿Qué país tan desgraciado el nuestro! Los periódicos no habían más que del conflicto de los artilleros, del Banco hipotecario, de la inmundicia administrativa, de la guerra de Cuba, de la próxima guerra de Puerto-Rico, del orden público, del malestar de los pueblos; es decir, en España no ocurren otros sucesos que grandes desgracias y calamidades irreversibles. Los espíritus cegados por el error no quieren ver, sin embargo, el camino de la salvación; de presumir es, por tanto, que pues aun permanecen ciegos, lo serán para siempre.

Hablemos, pues que es preciso, del orden público, eternamente amenazado. Sigue aun en Sevilla el general Contreras y con su presencia allí coinciden los rumores de trastornos inminentes en Andalucía. Tan penetrado está todo el mundo de que allí va á ocurrir algo, que apenas se pasa día sin que corra el rumor de haber estallado al fin la insurrección en alguna de las ciudades andaluzas, tanto que en Sevilla se habían reprimido algunos chispazos, merced á las disposiciones de las autoridades militares. Otros periódicos han visto proclamas firmadas por el general Contreras, y que sin duda deben ser apócrifas, proclamando la forma republicana, y se daba por seguro que ayer 17 debía empezar el movimiento.

Lo cierto es que el Gobierno reúne fuerzas en las capitales de provincia y en otros puntos, y que ha hecho prisiones en Sevilla. Ya tenemos dicho que en Logroño, Málaga, Cádiz y en varias otras poblaciones, tenían lugar concentraciones militares; hoy vemos que en Córdoba se ha reunido también la Guardia civil de la provincia. La exacción de la quinta, excelente pretexto y ocasión para los movimientos republicanos, parece ser ahora el principal objeto de estas precauciones; pero no sabemos si bastarán dada la actitud de ciertos partidos, de muchos mozos á quienes interesa y de no pocas corporaciones, que como las municipal y provincial de Barcelona, según un periódico, se muestran dispuestas á oponerse á la exacción.

En la ciudad mencionada se tomen también graves trastornos y periódicos conservadores, como *El Diario de Barcelona*, reproducen los rumores sobre esto extendidos y hablan de las precauciones que toma el señor Baldrich y de la llegada de tropas á la capital del Principado.

Allá en Castilla la Vieja se hace una activísima propaganda entre los mozos quintados y sus familias para que opongan obstáculos á la contribución de sangre que el Gobierno radical quiere sacar, á pesar de sus promesas en contrario. Según *El Norte*, hay verdadero entusiasmo entre los mozos para el var á efecto estos propósitos. Asegura también este periódico que en la suposición de que iba allí el general Contreras, se tomaron en Valladolid algunas precauciones. Igualmente disposiciones que los de Castilla la Vieja manifestaban los mozos de Zaragoza, que han acordado no responder á ningún llamamiento del Gobierno.

En Santiago hubo el 12 un ligero ensayo de asonada. Promovió un grupo considerable de gente, que recorrió las calles cantando poco tranquilizadoras endechas, animadas con amenazas de petróleo, devastación y vivas á la Internacional y á la Commune. Alarmóse a población, como era consiguiente, la autoridad tomó sus medidas, reconcentró la fuerza municipal de orden público, y organizó patrullas.

En un pueblo de la provincia de Almería, el ayuntamiento casi completo, con su presidente á la cabeza, se divirtió mucho hace pocas noches en dar una cacería, que para mayor solemnidad, terminó repartiendo trabucos á las puertas de varios vecinos. *El Observador* de aquella ciudad echa de menos con este motivo la paz que debe gozarse en Africa.

En Málaga también hay temores, bien que allí es lo ordinario y corriente.

Se espera que en la sesión de hoy explane su interpelección sobre orden público el señor Bagallá. Con este motivo suponemos que el Gobierno ó los diputados de oposición harán algunas declaraciones que revelen el verdadero estado del país. Realmente bien conocido está. Concluimos diciendo que *La Epoca* califica de delito de deslealtad el privar al Gobierno de los medios necesarios para defender la sociedad.

Pero ¿puede este Gobierno defender la sociedad?

Según las partes publicadas por la *Gaceta*, D. Amadeo pasó el sábado más aliviado de sus dolores, empezando á desaparecer, aun que paulatinamente, la inflamación de las articulaciones; á las diez de la noche la afección reumática se recrudeció, presentándose con alguna intensidad en toda la mano derecha, lo cual ha ocasionado nueva fiebre.

Así lo dice el Sr. Carretero, médico de cabecera en reemplazo del Sr. Samsi, que no sabemos por qué causa ha presentado la dimisión de su cargo.

A pesar de la gravedad de las circunstancias y del papel reservado al partido federal en los momentos actuales, de la actitud al mismo atribuida, de la necesidad en que está de arreglar las diferencias que le dividen, la Asamblea de este partido no pudo constituirse ayer por falta de número suficiente de delegados.

Ordese que la Asamblea sostendrá al Directorio, cuya autoridad es menospreciada

por los intransigentes, que, al parecer, son hoy los más en boga en Madrid y provincias. Los periódicos intransigentes siguen atacando a los benévolos, y llenan sus columnas con las protestas de multitud de comités, clubs y ciudadanos que creen llegada la hora, y que por están conformes con las apreciaciones del Sr. Pi y de sus amigos.

Aludiendo a un general que días pasados hizo dimisión del cargo de capitán general interino de un distrito, refiere *El Correo Militar* esta edificante historia:

«Pasando revista a un regimiento que se hallaba en el distrito de su cargo, observó el mal estado del vestuario de dicho cuerpo, y así lo hizo presente al coronel, persona también muy digna y hombre de dilatada carrera; añadiendo, porque lo crea, que aquel vestuario habría ya cumplido el plazo reglamentario de jurción.

Trocése en asombro la creencia de la primera autoridad militar cuando el coronel, no queriendo hacerse solidario de punibles irregularidades, le replicó que aquel vestuario no sólo no estaba cumplido, sino que faltaba pagarlo, aun cuando el abono se había efectuado en tiempo oportuno: a renglón seguido se verificó un escrupuloso examen de las cuentas de caja, y allí... allí brotaron sahos, culebras y hasta serpientes de cascabel, en prueba plena de los grandes miramientos que ahora suelen gastarse cuando se trata de cuestiones de moralidad y delicadeza.»

El general en cuestión dió parte de todo a la superioridad, y viendo que esta no hacía el menor caso de tanto abuso, creyó que no podía continuar un instante más en el puesto que ocupaba, y lo renunció. La renuncia le fué admitida, y la persona elegida para suceder en el mando militar al general aludido, ha causado un nuevo y gravísimo conflicto.

Hasta aquí *El Correo Militar*. «Si acciénto lo que traigo en esta carta, te doy un racimo», ha podido añadir este periódico.

Quedan, pues, enterados nuestros lectores del origen del gravísimo conflicto en que se halla la situación. No necesitamos nombrar el verdadero responsable. «La fama pública lo señala con el dedo, y a té á té que bien merece esta triste distinción», añade *El Correo*.

Entre tanto la caja del regimiento continuará con los sahos, culebras y hasta serpientes de cascabel descubiertos por el general dimisionario. ¡Qué horror!

La extensión que hemos creído conveniente dar al extracto de la sesión de anteayer, nos obliga a retirar un artículo y otros materiales que teníamos dispuestos.

SUBLEVACION CARLISTA.

La *Gaceta* de ayer decía:

«Cataluña.—El brigadier Corbalán batió el día 13 en Ametlla a la facción Castell, dispersándola en varios grupos, causándole tres heridos y un prisionero, sin que la columna que siguió en persecución de los dispersos tuviese pérdida alguna. El coronel Escoda continúa en activa persecución de la facción Tristany, Quico y Efolet.

Castilla la Vieja.—El gobernador militar de Oviedo llegó ayer de madrugada a dicha ciudad, habiéndosele presentado a indulto en Laviana 27

carlistas con armas, con lo que puede considerarse como terminada la insurrección en aquella provincia.

Burgos.—En el pueblo de Palacios de la Sierra se presentaron a indulto 13 individuos procedentes de las partidas carlistas, y en Moncalvillo fueron capturados por el alcalde tres hombres que pertenecieron a la de Salas de los Infantes, cogiéndoles cinco armas de fuego, y siendo puestos a disposición del juzgado correspondiente.

Reina tranquilidad en el resto de la Península.

La de hoy dice:

«Cataluña.—No hay noticia de que haya ocurrido encuentro alguno en este distrito. En las demás provincias reina completa tranquilidad.»

Segun varios periódicos de Barcelona, el municipio de Gracia reunió a los propietarios, con objeto de proponerles pedir permiso al Gobierno para comprar 400 fusiles con que resistir a las exacciones de los carlistas. Parece que en la mayoría dominó la idea de pedir las armas a Baldrich, y que la milicia que se formase fuera independiente del alcalde.

Las líneas férreas y telegráfica de Girona continúan interrumpidas.

En *La Correspondencia* leemos lo siguiente: «Barcelona estaba ayer incomunicada con algunas capitales del principado de Cataluña, porque un grupo de la facción Saballs había interceptado las vías férreas y telegráficas.

—Ayer mañana ha sido capturado en Barcelona, por los agentes de la autoridad civil, unayudante del cabecilla Castell, que, disfrazado, reclutaba gente para engrosar la facción.

—Parece que ha sido preso en la frontera el cabecilla Maidagan, fugado de la cárcel de Victoria.

—El gobernador militar de Castellón ha sido autorizado para conceder indulto a los individuos de la facción que se presenten reclamándolo.»

Las *Gacetas* de ayer y de hoy no publican ningún decreto.

SEGUNDA EDICION.

La cuestión de los artilleros sigue en el mismo estado; el director general del arma continúa recibiendo numerosas peticiones de retiro y abandono completo del servicio, las cuales conserva en su poder sin darles curso. Se cree generalmente que el Gobierno admitirá la renuncia del general Hidalgo, dándole un mando en el cual no tenga que sostener relaciones con el cuerpo de artillería y se procurará echar tierra a las sumarias de los oficiales arrestados en el hospital de Victoria; este arreglo parece que no le acepta el interesado, que insiste en dejar su puesto y quedar de simple paisano, cosa a que se oponen los generales radicales, que hacen causa común con el Sr. Hidalgo.

A última hora se decía que había empeorado la cuestión el comunicado publicado por este en *El Imparcial*, el cual es considerado como poco prudente por algunos hombres de la situación.

Este comunicado será contestado mañana

por el capitán de artillería Sr. Navarrete, y probablemente se publicará también en *El Imparcial*.

No es cierto lo que aseguró *La Correspondencia* acerca del objeto que traía a Madrid la comisión de la diputación provincial de Oviedo. Los individuos que la componen aseguran que no tienen la misión de rendir pleitería a nadie, sino simplemente de trabajar en pró de los intereses de la provincia, y de paso saludar a D. Amadeo; ni más ni menos.

Continúa afirmándose en los círculos políticos que el general Córdova está muy disgustado con el giro que ha tomado la cuestión de los artilleros, y que insiste en su propósito de retirarse a Cuba a descansar de las fatigas del Gobierno.

Lo creemos.

Esta tarde se decía que la salud de don Amadeo estaba muy lejos de ser satisfactoria, y que había empeorado en su dolencia.

Hoy ha concluido la discusión del proyecto referente al Banco hipotecario, y mañana se votará definitivamente.

Por vez primera se ha señalado para la orden del día de mañana la discusión del proyecto de ley sobre arreglo del presupuesto del culto y clero.

A última hora se han leído algunas enmiendas de los conservadores de la revolución.

A pesar de todo se cree que la discusión no empezará hasta dentro de dos o tres días.

Hoy no hay sesión por la noche.

El salón de conferencias, tranquilo la mayor parte de la tarde, se ha convertido a última hora en un verdadero campo de Agramante, donde con demasiado furor se han acriminado unos a otros, los diputados de la mayoría, en medio de la risa y la chacota de las oposiciones. Es el caso, que en un momento en que los padres de la patria, amigos del Gobierno, se deleitaban gozando de la agradable temperatura del salón de conferencias, ha llegado su turno al artículo del Banco hipotecario sobre el cual había presentada una adición para que no pudiesen ser empleados del referido Banco ninguno de los individuos que forman parte de las actuales Cortes.

Esto, que decorosamente no podía ser rechazado por la comisión, fué tomado en consideración en votación nominal, y después aprobado, con el artículo de que ha entrado a formar parte.

Apenas se apercibió la mayoría, que ocupaba los pasillos del Congreso, de lo que acababa de pasar en el salón de sesiones, se movió una algarabía infernal; quida acriminaba a la comisión, por su debilidad; quida echaba la culpa a la mesa, por no haber avisado de lo que se votaba, y quida, por último, acusa-

ba al Gobierno, fundado en no sabemos qué, pues en toda la tarde ha tenido por conveniente parecer por el Congreso.

Es el caso, que los diputados que tenían puestas sus esperanzas en alguna plaza en el Consejo o oficinas del Banco hipotecario, no se resignan a perderlas por completo, y poco reconocedores del reglamento buscan el modo de enmendar lo que ya no tiene remedio.

Algunos, queriendo volver golpe por golpe, se proponen presentar una proposición para que no puedan ser empleados de ningún establecimiento de crédito que haga negocios con el Gobierno ningún senador o diputado, creyendo de esta manera perjudicar a algunos individuos de la oposición que forman parte del Consejo de algunos Bancos.

Esto se quedará probablemente en proyecto, porque de retirarse sería un arma de dos filos que heriría lo mismo a tirios que a troyanos.

CONGRESO.

A las dos en punto se abre la sesión.

Se lee el acta.

Varios diputados hacen constar su voto en la ley del Banco hipotecario.

El señor ministro de Gracia y Justicia, contestando al Sr. Figueras, anuncia que en lo que falta de mes se leerá al Congreso la ley sobre el jurado.

El Sr. Montero Rios se estiene largamente en hacer la historia de la construcción de un collar para el ministro de Gracia y Justicia.

Se enfada repetidas veces contra los que han supuesto que en este asunto pudiese haber algo censurable y contrario a la ley.

El Sr. Zugasti se empeña en contestar, pero el presidente se lo impide.

Logra, por fin, hablar, y protesta contra la idea de haber atribuido al Sr. Montero Rios acto alguno inmoral.

Dice que en la cuestión del collar ha habido una irregularidad como las que se han atribuido a otros ministros.

La mayoría interrumpe con fuertes murmullos. Rectifica el señor ministro de Gracia y Justicia.

Después de este debate, algunos diputados hacen preguntas sin interés.

Se entra en la orden del día.

Continúa la discusión del Banco hipotecario.

Casi sin discusión se aprueban los artículos 17, 18, 19 y 20.

Se lee una enmienda al art. 21 para que no puedan ser empleados del Banco ningún senador ni diputado.

La comisión pregunta si esta adición ha de extenderse a todos los cargos del Banco o solo a los retribuidos.

El Sr. Corón anuncia que a todos los cargos.

La comisión acepta esta enmienda.

Algunos diputados de la mayoría piden que la votación sea nominal.

Se toma en consideración por 111 votos contra 49.

Se lee el artículo nuevamente redactado y se aprueba en votación ordinaria.

Sin discusión se aprueban los artículos restantes de la ley.

Se da cuenta del despacho ordinario.

Se levanta la sesión.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 16.—Hay grandes inundaciones en Dinamarca. Anuncianse numerosos naufragios.

ROMA, 16.—El Gobierno ha mandado presentar al Vaticano el título de renta concedido al Papa por la ley de garantías. Una carta del ministro de Hacienda acompañaba el envío.

El Cardenal Antonelli ha contestado que el Papa no podía recibir una cantidad cuya oferta arguya la aplicación de una ley no aceptada por la Santa Sede.

ROMA, 16.—En la semana próxima se verificará el consistorio que se viene anunciando.

VERALLÉS, 16.—La comisión de peticiones de la Asamblea se ocupa con preferencia de la petición del príncipe Napoleón reclamando por haber sido expulsado de Francia.

PARIS, 17.—La sesión de la Asamblea de mañana promete ser muy interesante. Con motivo de la interpellación del general Chagnier sobre el viaje político del Sr. Gambetta, la izquierda de la Asamblea tiene el propósito de pedir que se pase simplemente a la orden del día. La derecha y el centro derecho sostendrán una orden del día censurando los discursos pronunciados por el ex-ministro del Interior en su último viaje por los departamentos.

A juzgar por los discursos pronunciados hoy en la reunión que ha celebrado el centro derecho, este aceptará la república conservadora si el Sr. Thiers diese garantías.

ROMA, 17.—Carece de fundamento la noticia relativa a la creación de algunos Cardenales en el próximo Consistorio.

También es falsa la noticia dada por los periódicos italianos de que han surgido diferencias entre la Santa Sede y el Gobierno belga.

BOLSA DEL DIA 18 DE NOVIEMBRE.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 27-70, 35, 30 y 35; pequeños, 27 50, 40 y 35.
Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicada, 31-55; pequeños, 31-45, 50 y 60.
Billetes hipotecarios del Banco de España, segunda serie, publicado, 103-00.
Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 78-10, 40 y 50.
Idem en cantidades pequeñas, publicado, 78-50 y 40.
Resguardos al portador, de la Caja de Depósitos, publicado, 86-00.
Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 53-90, 54-00.
Idem de Alar a Santander de 2,000 rs., publicada, 53-20.
Acciones del Banco de España, no publicado, 172-00 p.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Máximo, obispo.
SANTO DE MAÑANA. Santa Isabel, reina de Ungria.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas Trinitarias, donde por la mañana habrá Misa mayor con sermón, y por la tarde procesión y reserva.
La congregación del Patriarca San José establecida en San Ignacio celebrará función por las Almas benditas; por la mañana habrá Vigilia, Misa, cantada y responso por los congregados difuntos, y por la tarde duodécima y ejercicios, siendo orador D. Francisco Bosalú.

SECCION DE ANUNCIOS.

SAUD Y ENERGIA A TODOS LOS ENFERMOS.

Logrados sin medicina, purgantes, ni gastos, por la deliciosa

HARINA DE LA SALUD,

DE VALENTA ARABIGA (DU BARRY de Londres).

N. B.—Desde esta fecha un minuto de coctura bastará para preparar la Revalenta, cuyas instrucciones se acompañan escritas con tinta encarnada.—Hemos llegado a conseguir coctar la harina en seco, por medio de un procedimiento privilegiado y esta operación la da un color más oscuro, mejorando considerablemente su gusto. La harina se conserva muy bien por espacio de diez años, siendo incalculables las ventajas de ahorro de tiempo y de trabajo que proporciona a los cocineros. Para las personas que van de viaje ó de caza y para las que no pueden guisar, hemos preparado los

BIZCOCHOS DE REVALENTA,

Que se pueden comer en todo tiempo, secos ó mejor mojados en agua, leche, café, chocolate, té, vino, etc.

Cuando radicalmente malas digestiones (dispepsias), gastritis, gastralgias, estreñimientos habituales, almorranas, flemas, vientos, palpitations, diarreas, hinchazones, accidentes, acedias, pituitas, jaqueca, náuseas, vómitos después de comer y durante el embarazo, dolores, agrieles, calambres, espasmos é inflamación del estómago, de los riñones, del corazón, de costado y de espalda, todos los desórdenes del hígado, de los nervios, de la garganta, de los bronquios, del aliento, de la membrana mucosa, vejiga y bilis, insomnios, tos, opresiones, asma, catarr, tisis (consumción), herpes, erupciones, decaimiento, agotamientos, palis, diabéticas, reumas, gota, fiebre, histérico, irritación de los nervios, neuralgia, vicio y pobreza de la sangre, palidices, supresiones, hidropeas, reumatismo, gripe, falta de frescura y energía, y fiebre amarilla.

Ella es también el mejor fortificante para los niños débiles como para las personas de toda edad, fortaleciendo los músculos, y consolidando las carnes.

Elia economiza lo menos 50 veces su precio en otros remedios, y nutre más que la carne, proporcionando pues doble economía.

Extracto de 75,000 curaciones, rebeldes a todo otro tratamiento.

Certificado núm. 58,61 de la señora marquesa de Bréhan.
Muy señor mío: Por resulta de un mal de hígado había caído en un estado de atenuación que había durado siete años. Me era imposible distraerme con la lectura, la escritura ó la más sencilla labor de aguja; sentía punzadas nerviosas por todo

el cuerpo; digerir el alimento con mucha dificultad; por la noche estaba continuamente desvelada y me hallaba sujeta a una agitación nerviosa insostenible que me hacía andar horas enteras de un lado a otro sin poder reposar un solo momento. El ruido del tráfico ordinario y aun la misma voz de mi doncella me incomodaba, su cumbia bajo una tristeza mortal, y el tratado mis semejantes había llegado a serme penoso. Varios médicos ingleses y franceses me habían prescrito remedios inútiles, y habiendo perdido toda esperanza de curarme, quise probar su harina de salud. La Revalenta árabe, bendito sea Dios! me ha hecho revivir; puedo ahora ocuparme en toda especie de labor, hacer y recibir visitas; finalmente, he recobrado mi posición social.—De usted muy agradecida, marquesa de Bréhan.

Núm. 52,081. El señor duque de Pluskou, mariscal de la corte, de una gastritis.—Núm. 52,476. Sainte Romaine des Isles.—Lodo sea Dios! La Revalenta árabe ha puesto fin a mis 18 años de sufrimientos horribles del estómago, sudores nocturnos, y malas digestiones. J. Compere, Cura.—Núm. 44,816.—El señor Arzobispo Alex. Stuardo, de tres años de sufrimientos horribles de los nervios, de reumatismo agudo, insomnios y cansancio continuo.—Núm. 46,218. El coronel Watson, de la gola, neuralgia y estreñimiento obstinado.—Núm. 53,806. La señorita Gallard, calle du Grand Saint Michel, en París, de una tisis pulmonar, después de haber sido declarada incurable en 1855, no quedándole más que algunos meses de vida. Hoy, 1872, se encuentra gozosa y con una completa salud.

El señor doctor en medicina, Martín, de una gastralgia é irritación de estómago, que le habían hecho provocar quince y diez y seis veces por día durante ocho años.

BARRY DU BARRY Y COMP. Calle de Valverde, núm. 4, Madrid.—Precios fijos de la venta al por menor en toda la Península: En cajas de hoja de lata de 1 1/2 libra, 12 rs.; 4 libras, 20 rs.; 2 libras; 34 rs.; 5 libras; 80 rs.; 12 libras, 170 rs., y de 24 libras 300 rs.—Se vende también

LA REVALENTA AL CHOCOLATE.

Ajuntado exquisito, eminentemente nutritivo, y asimilando y fortificando los nervios, el estómago y las carnes, y renovando la sangre; da al apetito, la digestión con sueño tranquilo, fuerza a los nervios, a los pulmones, y al sistema muscular.

Cura núm. 76,448.—Verdun (Francia), 16 de Enero 1872. Padezco desde cinco años de dolores en el lado derecho y en la boca del estómago a consecuencia de malas digestiones, etc.: no litube en certificar que su Revalenta al Chocolate me ha salvado la vida.—ERNEST CATTÉ músico del 63 regimiento de línea.

BARRY DU BARRY Y COMPANÍA, VALVERDE, 1, MADRID.

Lisboa, Largo de Corpo Santo, núm. 16, y generalmente en casa de todos los droguistas, boticarios y ultramarinos de Madrid y demás provincias.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU.

Remedio seguro contra toda clase de tos, por fuerte ó incomoda que sea

Clasificación de las virtudes de esta pasta en las diferentes variedades

que presenta aquella enfermedad.

LA TOS ronca y fatigosa que es síntoma casi siempre de tisis y de catarrs pulmonares, disminuye muchísimo con este medicamento, rebaja,

do por completo los accesos violentos de tos que contribuyen en gran parte al decaimiento del enfermo.

LA TOS seca, convulsiva, entrecortada muchas veces por sofocación que padecen los asmáticos y personas excesivamente nerviosas por efecto de una gran debilidad, se combate perfectamente con esta pasta pectoral.

LA TOS ferina ó de coqueluche que ataca con tanta pertinacia a los niños causándoles vómitos, desgana y hasta espantos sangüíneos, se cura con esta pasta, mayormente si se le acompaña algún coctimento pectoral y analéptico.

LA TOS catarral ó de costipado y la llamada vulgarmente de sangre, sea reciente ó crónica, se cura siempre con este precioso medicamento.

Muchísimas personas han curado en poco tiempo una de estas toses antiguas, tan incómodas y perniciosas que al menor resfriado se reproducen de una manera insostenible.

Este medicamento reúne pues, virtudes positivas para curar en unos casos y combatir en otros una enfermedad, que descuidada, produce constantemente funestos resultados.

Valo ocho reales caja en toda España.

Depósito general, farmacia de su autor, Barcelona. En Madrid, Dr. Simon, Moreno Miguel y Navarro, calle de Atocha.—Sevilla, Campelo, calle de San Pablo.—Valencia, Dr. Alfaro, plaza de Calatrava.—Valladolid, D. R. H. Huerta.—Zaragoza, Dr. Miret, plaza de las Danzas.—Cádiz, A. Luengo Enrique de las Marinas.—Málaga, Prolongo.—Alicante, Belido.—Bilbao, Pinedo.—Santiago, Blanco Navarrete.—Pamplona, J. J. Colmenares.—Oviedo, Diaz Argüelles.—Logroño, Zardoya y demás principales farmacias de España.

JARABE Y PASTILLAS DE BLAYN

Estas preparaciones, de un gusto agradable, se prescriben con éxito, hace 20 años por los mejores médicos de París y curan los costipados, gripe, coqueluche, enfermedades de garganta, catarrs pulmonares, irritaciones del pecho, de las vías urinarias y de la vejiga.—BLAYN, farmacia en París, 7, rue du Marché Saint-Honoré. En Madrid, por mayor, Agencia franco-española, Sordo, 34.—Por menor, jarabe 4 y 13 rs., pasta 8 rs., Sres. Borrell hermanos, Moreno Miguel, Escobar, Sanchez Ocaña y Ortega.

AGENCIA GENERAL DE PRECES A ROMA. DE DON FRANCISCO MARTÍ.

CALLE DE SAN PEDRO, 1, BAJO.—MADRID.

Esta Agencia se ocupa exclusivamente de todas las gestiones que tengan que practicarse con la Santa Sede, y con especialidad de las dispensas matrimoniales, las cuales se despachan en el fabuloso término de 25 á 30 días, con una gran ventaja en sus precios, y sin comisión ni anticipos, cuya prontitud y economía, han sido desconocidas en España hasta su instalación.

(Núm. 448.—45 v.)

JARABE DE LABELONYE GRAGEAS DE GELIS Y CONTE

Farmacéutico de 1ª clase de la Facultad de París.

Este Jarabe es empleado, hace mas de 25 años, por los mas célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazón y las diversas hidropeas. También se emplea con feliz éxito para la curación de las palpitations y opresiones nerviosas, del asma, de los catarrs crónicos, bronquitis, los convulsivos, espasmos de sangre, extinción de voz, etc.

Depósito general en París, en casa de LABELONYE y Cª, rue d'Aboukir, 99.

Depositarlos en Madrid: D. José Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 4; Agencia franco-española, Sordo, 34; Sres. Borrell, hermanos, Puerta del Sol, 5, 7 y 9; Moreno Miguel, Arenal, 2; Sanchez Ocaña, Princip, 13; Escobar, plazuela del Angel, 7; Ortega, calle del Leon, y Rodriguez Hernandez, calle Mayor, 27 y 29.—En provincias, en las principales farmacias.

(A.—3,385.)

INJECTION BROU

Higiénica, infalible y preservativa, cura en el auxilio de otro medicamento.—Vendase en todas las farmacias (Exigir el método). 30 años de éxito.—París, 1880, rue d'Aboukir, 162.

IMPRESA DE D. ROQUE LABAJOS,

á cargo del mismo, Pelayo, 34.